

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 8 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

La respuesta de Asia..... Romain Rolland
Doña Auristela de Jiménez..... Alejandro Alvarado Quirós
Página lírica..... Auristela de Jiménez
Francia y la cultura greco-latina..... Ernesto Martín
Haya Delatorre ha dicho la verdad..... Alberto Guillén
El recuerdo de Fray Luis de León..... Gabriel Alomar

Sobre Gabriela Mistral..... Pedro Prado y Onel Márquez
Los ex-chilenos..... J. Edwards Bello
Ni superiores ni inferiores, diferentes..... B. Sanín Cano
Ictiología costarricense (3).....
Tablero.....
La fiesta de San Isidro Labrador..... Miguel Triana

A la muerte de Tolstoy no podíamos medir todavía la resonancia de su pensamiento en el mundo. El grano estaba en tierra. Había necesidad de esperar la llegada del estío.

Hoy la cosecha ha germinado. Y de Tolstoy ha surgido un árbol de Jessé. Su palabra se ha hecho acto. Al San Juan el Precursor de lasaia Poliana ha sucedido el Mesías de la India, que él había consagrado: Gandhi.

Admiremos la magnífica economía de la historia humana, donde, a pesar de los eclipses aparentes de los grandes esfuerzos del espíritu, nada se pierde de lo esencial; y el flujo y el reflujo de las reacciones mutuas forman una corriente continua, que se enriquece sin cesar fecundando la tierra.

A los 19 años, en 1847, el joven Tolstoy, enfermo en el hospital de Kasán, tenía por vecino de lecho a un sacerdote lama budista, herido gravemente en la cara por un bandido; y recibía de él la primera revelación de la ley de No-resistencia, que debía llenar durante treinta años el torrente de su vida.

Sesenta y dos años después, en 1909, el joven indio Gandhi recibía de las manos de Tolstoy moribundo esta santa luz, que el viejo apóstol ruso había incubado, avivado con su amor, alimentado con su dolor; y que él lo convertía en la antorcha que ha iluminado a la India, y cuyos destellos han conmovido al mundo entero.

Pero antes de llegar al relato de este bautismo en el Jordán, queremos trazar rápidamente el conjunto de las relaciones de Tolstoy con Asia. Una *Vida de Tolstoy* sería incompleta hoy sin este estudio. Porque la acción de Tolstoy sobre Asia tendrá en la historia más importancia quizá que la acción sobre Europa. Ha sido la primera gran vía del espíritu que une de Este a Oeste a todos los miembros del viejo Continente. Ahora la surcan en ambos sentidos, dos ríos de peregrinos.

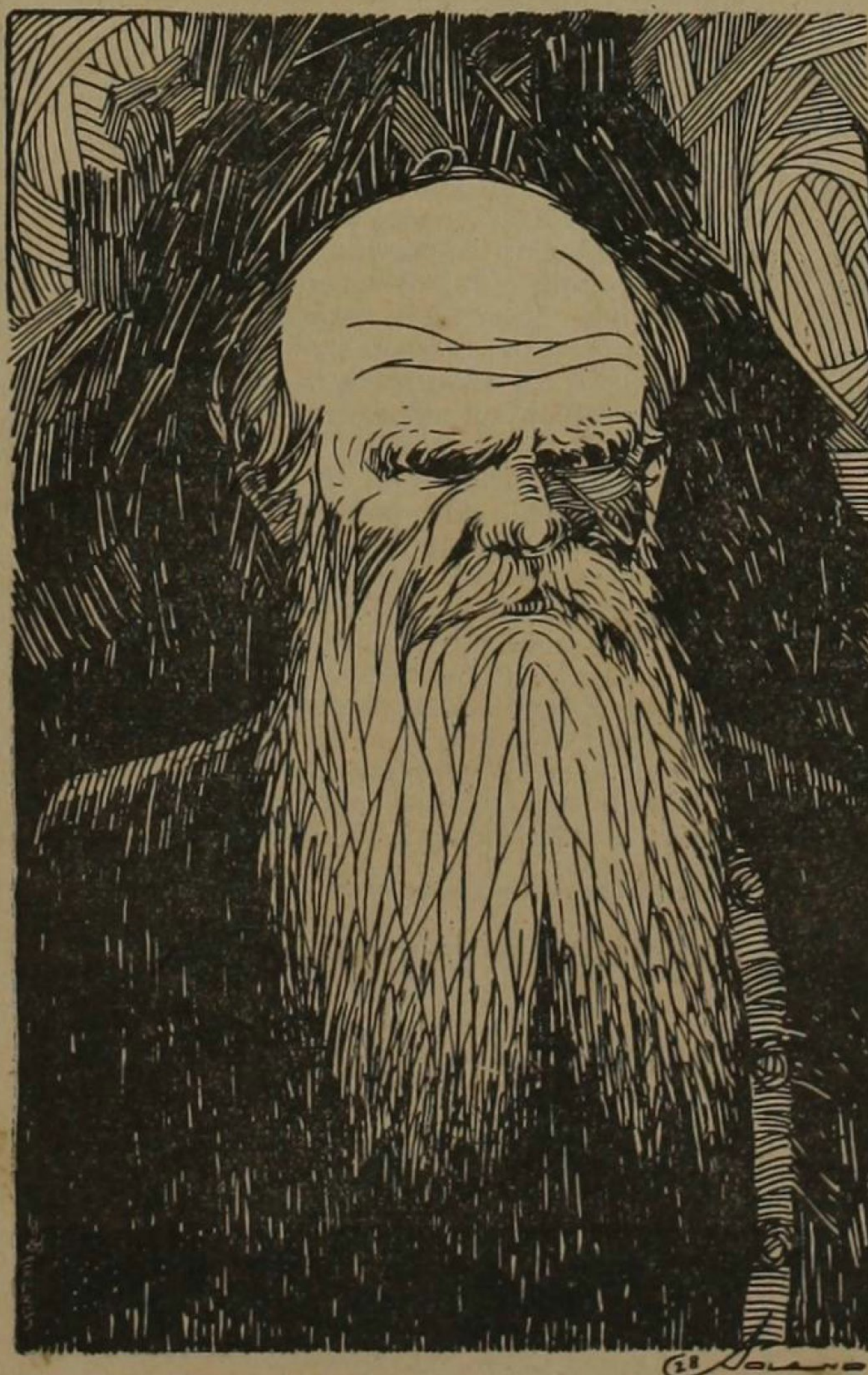
Tenemos todos los medios para conocer el tema, puesto que, Paul Birukoff, piadoso discípulo del maestro, ha reunido en un volumen sobre Tolstoy y el Oriente todos los documentos que se han conservado.

El Oriente lo sedujo siempre. Muy joven,

La respuesta de Asia

Con motivo del centenario de Tolstoy

(28-VIII-1828=28-VIII-1928)



Tolstoy

(Visto por Solano)

estudiando en la Universidad de Kasán, había escogido desde luego la Facultad de Lenguas Orientales turco-árabes. En los años que vivió en el Cáucaso, estuvo en contacto prolongado con la cultura mahometana,

y recibió fuertemente su impresión.

Poco después de 1870, comienzan a aparecer en sus colecciones de Relatos y Leyendas para las escuelas primarias, cuentos árabes e indios. Cuando le llegó la hora de la crisis religiosa, la Biblia no le fué suficiente; no tardó en consultar las religiones de Oriente. Leyó considerablemente. Bien pronto tuvo la idea de hacer aprovechar a Europa de sus lecturas, y reunió bajo el título *Los pensamientos de los hombres sabios*, una colección en que el Evangelio, Budha, Laotse y Krishna, fraternizaban. Se había convencido, desde el primer vistazo, de la unidad fundamental de las grandes religiones humanas.

Pero lo que buscaba sobre todo, era la relación directa con los hombres de Asia. En los diez últimos años de su vida, tejió una red muy estrecha de correspondencia entre lasaia y todos los países de Oriente.

Entre todos los países, China llenaba principalmente su pensamiento, pero fué el que menos se entregó. Desde 1884 estudió a Confucio y a Laotse; este último era su preferido entre los sabios de la antigüedad. De hecho Tolstoy debió esperar hasta 1895 para cambiar su primera epístola con un compatriota de Laotse; y solamente parece que tuvo dos correspondientes chinos. Es verdad que fueron de marca. Uno era un sabio, Tsien-Huang-t'ung; el otro, el gran letrado Ku-Hung-Ming, cuyo nombre es bien conocido en Europa, y que, profesor de la Universidad de Pekín, expulsado por la revolución, tuvo que desterrarse en el Japón.

En las cartas que dirigió a estos dos chinos distinguidos, y en particular en una muy extensa a Ku-Hung-Ming, que tiene el valor de un manifiesto (octubre 1906), Tolstoy expresó el cariño y la admiración que experimentaba por el pueblo chino. Aquellos sentimientos fueron reforzados por las pruebas que China sufrió, con noble mansedumbre, en estos últimos años en que las naciones de Europa han cometido contra ella in-nobles brutalidades. La induce a perseverar en esa serena paciencia, y profetiza que a ella le deberá la victoria final. El ejemplo de Puerto Arturo, cuyo abandono por China a Rusia ha costado tan caro a esta última

(guerra ruso-japonesa), asegura que será lo mismo para Alemania en Kieutschau y para Inglaterra en Wei-ha-Wei. Los ladrones terminan siempre por robarse entre ellos. Pero Tolstoy se inquieta al saber que, desde poco tiempo antes, se despierta en los chinos el espíritu de violencia y de guerra, y los conjura a resistir. Si se dejan ganar por el contagio, sería un desastre, no solamente en el sentido en que lo entendía «uno de los más groseros e ignorantes representantes de Occidente, el Emperador de Alemania», que temía para Europa el peligro amarillo, sino en el interés superior de la humanidad. Puesto que, con la vieja China desaparecería el punto de apoyo de la verdadera sabiduría popular y práctica, tranquila y laboriosa, que del Imperio del Medio debe extenderse progresivamente a todos los pueblos. Tolstoy cree que ha llegado el momento de una transformación capital en la vida de la humanidad; y tiene la convicción de que China está llamada a representar el primer papel a la cabeza de los pueblos de Oriente. La tarea de Asia es la de mostrar al resto del mundo el verdadero camino a la verdadera libertad; este camino, dice Tolstoy, no es otro que el Tao. Sobre todo, que China no se quiera reformar sobre el plan y el ejemplo de Occidente, es decir, reemplazando su despotismo por un régimen constitucional, un ejército nacional y una gran industria! Que considere el cuadro lamentable de estos pueblos de Europa, con el infierno de su proletariado, con sus luchas de clases, su desenfrenada carrera hacia los armamentos y sus guerras sin fin, su política de rapiña colonial, la bancarrota sangrienta de toda una civilización! Europa es un ejemplo, ¡sí!, de lo que no se debe hacer. Y como China no puede, por otra parte, quedarse en el estado presente, en que se ve entregada a todas las agresiones, una sola vía tiene abierta: la de la No-Resistencia absoluta, vis-a-vis de su gobierno y de todos los demás gobiernos. Que continúe impasible el cultivo de la tierra sometiéndose a la única ley de Dios! Europa se encontrará desarmada ante la pasividad heroica y serena de 400 millones de hombres. Toda la sabiduría humana y el secreto de la felicidad están en el trabajo tranquilo de cada uno en su campo, guiándose según los principios de las tres religiones de China: el Confucianismo, que liberta de la fuerza bruta; el Taoísmo, que prescribe que no hay que hacer a los otros lo que no se quiere que los otros nos hagan; y el Budismo, que es todo abnegación y amor.

Ya vemos el caso que la China de hoy parece hacer de los consejos de Tolstoy; no parece que su docto corresponsal Ku-Hung-Ming, haya aprovechado mucho: porque su tradicionalismo, distinguido pero limitado, ofrece por toda panacea para la fiebre del mundo moderno en actividad una Gran Carta de Fidelidad al orden establecido anteriormente. Pero no hay que juzgar al inmenso Océano por las olas de su superficie. ¿Quién puede decir si el pueblo de China no está mucho más cerca de los pensamientos de Tolstoy que concuerdan con la milenaria tradición de sus sabios, que no le harían suponer esas guerras de partido y esas revoluciones, que pasan y que mueren sobre su eternidad?

Todo lo contrario de los chinos, los japoneses, con su febril vitalidad, su curiosidad hambrienta de todo nuevo pensamiento en el universo, fueron los primeros en Asia con quienes Tolstoy entró en relaciones (en 1890 o poco tiempo después). Desconfiaba de ellos, de su fanatismo nacional y guerrero, sobre todo de su prodigiosa flexibilidad para adaptarse a la civilización de Europa y abrazar al instante todos los abusos. No se puede decir que su desconfianza haya

estado completamente injustificada: porque la correspondencia bastante abundante que sostuvo con ellos le proporcionó más de un disgusto. Alguno que se llamaba su discípulo, teniendo la pretensión de conciliar su enseñanza con el patriotismo, lo desautorizó públicamente, como el joven Jokai, redactor en jefe del diario *Didaitshou-lu*, en 1904, en el momento de la guerra del Japón con Rusia. Todavía fué más falaz el joven H. S. Tamura, que, emocionado al principio, hasta saltarle las lágrimas, con la lectura de un artículo de Tolstoy sobre la guerra ruso-japonesa, exclamaba transportado que «Tolstoy era el único profeta de nuestro tiempo», se dejaba arrollar, algunas semanas después, por la ola de delirio patriótico, después de la destrucción de la flota rusa por los japoneses en Tsusima, y terminaba por publicar contra Tolstoy un pésimo libro en que lo atacaba.

Más sólidos y sinceros—¡pero tan alejados del verdadero pensamiento de Tolstoy!—los social-demócratas japoneses protestadores heroicos contra la guerra, que escriben a Tolstoy en setiembre de 1904, y a quienes Tolstoy, al darles las gracias les expresa su condenación absoluta a la vez de la guerra y del socialismo.

Pero el espíritu de Tolstoy penetraba, a pesar de todo, en el Japón, y lo labraba hasta el fondo. Cuando en 1908, para su 80º aniversario, sus amigos rusos se dirigieron a todos los amigos del mundo, a fin de publicar un libro de testimonios, Naoshi Kato envió un interesante ensayo que muestra la influencia considerable de Tolstoy en el Japón. La mayor parte de sus libros religiosos habían sido traducidos; hacia 1902-1903, produjeron, dice Kato, una revolución moral, no solamente entre los cristianos japoneses sino también entre los budistas; de esta conmoción salió una renovación del budismo. Hasta entonces, la religión era un orden establecido y una ley de fuera. Volvió a tomar un carácter interior. «Conciencia religiosa» fué desde entonces la palabra de moda. Por cierto, este despertar del yo no dejaba de tener peligro. Podía conducir—y condujo en numerosos casos—hacia otros fines que no eran ni espíritu de sacrificio ni amor fraternal: al goce egoísta, al indiferentismo, a la desesperación y hasta al suicidio; hubo catástrofes en este pueblo vibrante que, en sus crisis de pasión, llevó todas las doctrinas a las últimas consecuencias. Y se formaron también al lado de Kioto, pequeños grupos tolstoyanos, que trabajaban su campo y profesaban el puro Evangelio del amor.

De una manera general se puede decir que la vida espiritual en el Japón ha sufrido, en parte, la impresión de la persona-

lidad de Tolstoy. Todavía hoy subsiste en ese país una Sociedad *Tolstoy*, que publica una revista mensual de 70 páginas, interesante y nutrida.

El más amable ejemplo de los discípulos japoneses es el joven Kenjiro Tokutomi, que contribuyó también al libro del jubileo de 1908. Había escrito, de Tokio, una carta entusiasta a Tolstoy, en los primeros meses de 1906; Tolstoy había respondido al instante. Pero Tokutomi no había tenido la paciencia de esperar la respuesta; se embarcó en el primer barco para ir a verlo. No sabía una palabra de ruso y muy poco de inglés. Llegó a lasnaia en julio y permaneció allí cinco días, recibido con una bondad paternal, y volvió a partir directamente para el Japón, conservando la luminosa sonrisa del anciano. Lo evoca en sus encantadoras páginas de 1908, donde habla su corazón sencillo y puro:

«Veo su sonrisa a través de la niebla de los 730 días pasados desde que lo he encontrado, y por encima de los diez mil kilómetros que nos separan...

»Ahora yo vivo en una pequeña aldea, en una mezquina casa, con mi mujer y mi perro. Planto legumbres, arranco la mala yerba que vuelve a brotar sin cesar. Toda mi energía y todo mi tiempo se gastan en arrancar, arrancar, arrancar... Quizá esto ataque a la naturaleza de mi espíritu, quizá en este tiempo imperfecto. Pero soy totalmente feliz... Solamente es bien triste, cuando no se sabe qué escribir, en una ocasión semejante...»

El pequeño japonés ha sabido, por estas sencillas líneas de una humilde vida feliz, de sabiduría y de labor, realizar mucho mejor el ideal de Tolstoy y hablar a su corazón que todos los doctos colaboradores al libro del Jubileo.

En su calidad de ruso, Tolstoy tenía numerosas ocasiones para conocer a los mahometanos, ya que el imperio de Rusia contaba veinte millones de súbditos de esta religión. También tienen éstos un amplio lugar en su correspondencia. Pero apenas aparecen antes de 1901. Fué en la primavera de aquel año, su respuesta al Santo Sínodo y a su excomunión, lo que le conquistó. La elevada y firme palabra atravesó el mundo musulmán como el carro de Elías. Sólo conservaron la afirmación monoteísta, en que les parecía que repercutía la voz de su Profeta y procuraron ingenuamente anexionársela. Los Baschirs de Rusia, los Muftis indios, los Musulmanes de Constantinopla, le escriben que han «llorado de alegría», leyendo el mentís público infligido por su mano a toda la cristiandad; le felicitan de haberse libertado al fin de la «sombria creencia de la Trinidad». Le llaman su hermano y se esfuerzan en convertirlo del todo. Con cómica inconsciencia, uno de ellos, Mufti de la India, Mohammed Sadig, de Kadian, Gurdaspur, se congratula de darle a conocer que su nuevo Mesías islámico (un cierto Chazrat Mirza Gulam Aohmed) acaba de aniquilar el engaño cristiano de la Resurrección, encontrando en Kaschmir la tumba de *Jjuz Azaf* (Jesús), y le envía una fotografía con el retrato de su santo reformador:

No se podría imaginar la admirable tranquilidad, apenas teñida de ironía (o de melancolía), con la cual Tolstoy recibe esos extraños adelantos. Quien no lo ha visto en estas controversias, no conoce la soberana moderación a que su naturaleza imperiosa había llegado. Jamás se apartaba de su cortesía y de su reposado buen sentido. El interlocutor mahometano es el que se enfurece, el que le atribuye, irritado, «un resto de los prejuicios cristianos de la Edad Media» y que, a su negativa de creer en el nuevo Mesías musulmán, le opone la

Consultorio Optico "Rivera"

EXAMENES DE LA VISTA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención

en el desarrollo de recetas

de los señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO

MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Óptico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSÉ DE COSTA RICA — CORREO 349

clasificación amenazadora que el santo hombre hace, en tres grupos de los que reciben la luz de la verdad:

«...Los unos la reciben por su propia razón. Los otros, por los signos visibles y los milagros. Los terceros, por la fuerza de la espada». (Ejemplo: el Faraón, a quien Moisés tuvo que hacer beber el Mar Rojo para convencerle de su Dios). Porque «el profeta enviado por Dios debe enseñar al mundo entero...»

Tolstoy no sigue a sus corresponsales agresivos en el terreno del combate. Su noble principio es que los hombres amantes de la verdad, no deben nunca apoyarse en las diferencias entre las religiones y en sus defectos, sino en lo que las une y lo que les da valor: «Es en lo que yo me esfuerzo, dice, con respecto a todas las religiones, y principalmente con el Islam». Se contenta con responder al fogoso Mufti que «el deber de cualquiera que posee un sentimiento verdaderamente religioso es dar el ejemplo de una vida virtuosa. He ahí todo lo que necesitamos». Admira no obstante a Mahoma; algunas de sus palabras lo han encantado. Pero Mahoma no es nada más que un hombre, como el Cristo. Para que el mahometismo, así como el cristianismo, se conviertan en una religión justa, se necesitará que renuncien a la fe ciega en un hombre y en un libro; que admitan solamente lo que está de acuerdo con la conciencia y la razón de todos los hombres. Hasta en la forma mesurada con que reviste su pensamiento, Tolstoy se preocupa de no herir la fe del que le habla:

—«Perdonadme si he tenido que heriros. No se puede decir la verdad a medias. Se la debe decir toda entera o no decirla».

Es inútil agregar que no convenció a sus interlocutores.

A menos, encuentra otros, mahometanos ilustrados, liberales, que simpatizan plenamente con él; en primera línea el célebre gran Mufti de Egipto, el cheikh reformador Mohammed Abdou, que le dirige desde el Cairo, en 1904, una noble carta, felicitándole por la excomunión de que ha sido objeto: por cuanto la prueba es la divina recompensa para los elegidos. Dice que la luz de Tolstoy aviva y reúne a los buscadores de la verdad, que sus corazones están en espera de todo lo que él escriba. Tolstoy responde con calurosa cordialidad. Recibe también el homenaje del embajador de Persia en Constantinopla, el príncipe Mirza Riza Chan, delegado en la primera conferencia de la Paz, en La Haya, en 1901.

Pero es sobre todo atraído por el movimiento Behaísta (o Babista), con el que mantiene a sus corresponsales. Entra en relaciones personales con ciertos behaístas, como el misterioso Gabriel Sacy, que le escribe de Egipto (1901), y que había sido, dicen, un árabe de nacimiento, convertido al cristianismo, luego pasado al behaísmo. Sacy le expone su credo. Tolstoy responde que el babismo le interesa desde hace tiempo y que ha leído todo lo que le ha sido accesible a dicho tema; no le da ninguna importancia a su base mística ni a sus teorías, pero cree en su gran porvenir en Oriente; como enseñanza moral, temprano o tarde, el behaísmo se fundirá con el anarquismo cristiano. Por otra parte, escribe a un ruso que le envía un libro sobre el behaísmo, que tiene la seguridad de la victoria de todas las enseñanzas religiosas racionalistas, que surgen actualmente de las diversas confesiones: brahmanismo, budismo, judaísmo, cristianismo. Las ve yendo todas hacia la confluencia de una religión única, universalmente humana. Tiene la alegría de saber: que la corriente behaísta ha penetrado en Rusia, entre los tártaros de Kasán, e invita a

lasnaia a su jefe, Waisow, cuya entrevista con él ha sido señalada por Gushev.

En el libro del Jubileo, en 1908, el Islam está representado por un jurista de Calcuta, Abdullah-alMamun-Suhrawardy, que levanta a Tolstoy un majestuoso monumento. Se llama yogi, y suscribe a sus enseñanzas la de la No-Violencia, que no juzga opuesta a las de Mahoma; pero «es necesario leer el Corán, como Tolstoy ha leído la Biblia, bajo la luz de la verdad, y no en la nube de la superstición». Alaba a Tolstoy de no ser un superhombre, un *Uebermensch*, sino el hermano de todos. Y en una alabanza profética, anuncia que la predicación de Tolstoy por la No-Violencia, «mezclada a las enseñanzas de los sabios de la India, producirá en nuestro tiempo nuevos Mesías».

Es de la India, en efecto, de donde debía salir el Verbo activo, del cual Tolstoy fue el nuncio.

La India estaba, a fines del siglo XIX y a principios del XX, en pleno despertar. Europa no conocía todavía (aparte de una élite de sabios bien documentados que no tienen mucha prisa para dar a conocer su ciencia a la mayoría de los mortales, y se acantonan de buena gana en su cascarón lingüístico, en donde se hallan encerrados), Europa está todavía lejos de imaginar la prodigiosa resurrección del genio indio, que se anunció desde los años de 1830 y resplandeció hacia 1900.

Fue una floración brillante y repentina en el campo espiritual. En el arte, en la ciencia y en el pensamiento. El solo nombre de Rabindranath Tagore—desprendido de la constelación de su gloriosa familia—resplandeció en todo el mundo. Casi al mismo tiempo, el Vedantismo era renovado por el fundador del Arya Samaj (1875), Dayananda Saravasti, al que se ha llamado el Lutero indio; y Keshub Chunder Sen, hacia del brahama Samaj un instrumento de reformas sociales apasionadas y un medio de aproximación entre el pensamiento cristiano y el de Oriente. Pero, sobre todo, el firmamento religioso de la India se iluminaba con dos estrellas de primera magnitud, súbitamente aparecidas—o reaparecidas después de muchos siglos, para hablar según el gran estilo de la India, al sentido profundo,—dos milagros del espíritu: Ramakrishna (1836-1886), el loco Dios, que abarcaba en su amor todas las reformas de lo Divino, y su discípulo heroico, Vivekananda (1863-1902), cuya torrencial energía ha despertado para los siglos venideros, en su pueblo agotado, el Dios de acción, el Dios de la Gita.

La vasta curiosidad de Tolstoy no los desconocía. Leyó los tratados de Dayananda, que le envió el director de *The Vedic Magazine* (Kangra, Sakaranpur), Rama Deva. Desde 1896 se había entusiasmado con los primeros escritos publicados por Vivekananda; y saboreaba las Pláticas de Ramakrishna. Es una desgracia para la humanidad que Vivekananda, cuando su viaje a Europa en 1900, no se orientase hacia lasnaia Poliana. El que escribe estas líneas no pudo consolarse aquel año de la Exposición Universal en que el gran Swami pasaba por París, tan mal acompañado, de no haber sido él el que hubiera puesto en contacto a los dos Videntes, a los dos genios religiosos de Europa y de Asia.

Así como el Swami de la India, Tolstoy se nutría con el espíritu del Krishna, «señor del Amor». Más de una voz de la India lo saludó como a un Mahatma, antiguo Rishi reencarnado. Gobal Chetti, director del *The New Reformer*, que era devoto de las ideas de Tolstoy en la India, se aproxima a él en su escrito para el libro del Jubileo (1908), comparándole al Buda, al príncipe que renunció; y dice que si Tolstoy hubiera nacido en las Indias, hubiese sido considerado como

un Avatara, un Purusha (encarnación del Alma Universal), un Sri Krishna.

Pero la corriente fatal del río de la historia iba a llevar a Tolstoy, del Sueño de Dios de los yogis, a los umbrales de la grande acción de Vivekananda y de Gandhi, al Hind Swaraj.

¡Extraños cambios del destino! El primero que lo condujo allí fue el hombre que, más tarde, debía llegar a ser el mejor teniente del Mahatma indio, pero en aquel tiempo, era todavía, como Pablo, antes del Camino de Damasco, el violento enemigo de estos pensamientos: C. R. Das...

¿Nos será permitido pensar que la voz de Tolstoy ha podido contribuir a hacerlo volver a su verdadera misión? A fines de 1908, C. R. Das estaba en el campo de la revolución. Escribió a Tolstoy sin ocultarle su fe violenta; combatía abiertamente la doctrina tolstoyana de la No Resistencia; y, no obstante, le pedía una palabra de simpatía para su periódico, *Free Hindostán*. Tolstoy respondió en una larga carta, casi un tratado, que bajo el título de Carta a un Indio (14 diciembre 1908), se esparció en el mundo entero. Proclamaba enérgicamente la doctrina de la No-Resistencia y del Amor, encuadrando, cada parte de su argumentación, con citas del Krishna. No ponía menos vigor en su lucha contra la nueva superstición de la ciencia que contra las antiguas supersticiones religiosas. Reprochaba a los indios el renegar de su sabiduría antigua para abrazar el error de Occidente.

«Es de esperar, decía, que en el inmenso mundo bramano-budista y confucionista, este nuevo prejuicio científico no encontrará sitio y que los chinos, los japoneses y los indios comprenderán el error religioso que justifica la violencia, y llegarán directamente a concebir la ley del amor, propia de la humanidad, que fue promulgada con fuerza brillante por los grandes maestros de Oriente. Pero la superstición de la ciencia, que ha reemplazado a la de la religión, engloba cada vez más a los pueblos de Oriente: ella subyuga ya al Japón y le prepara los mayores desastres. Se extiende sobre los que, en China y en la India, pretenden ser, como vos, los conductores de sus pueblos. Vos invocáis, en vuestro periódico como principio elemental que debe guiar la actividad de la India, la idea siguiente:

«Resistance to aggression is not simply justifiable, but imperative; non-resistance hurts both altruism and egoism».

«...¡Y qué! vos, miembro de uno de los pueblos más religiosos, vos, con el corazón tranquilo y confiado en vuestra instrucción científica, a abjurar la ley del amor, proclamada en el seno de vuestro pueblo, con claridad excepcional desde la más remota antigüedad... Y vos repetís esas tonterías que os han sugerido los campeones de la violencia, los enemigos de la verdad, los esclavos de la teología primero, y después de la ciencia, vuestros maestros europeos!

«Vos decís que los ingleses han avasallado a la India porque la India no resiste a la violencia de la fuerza? Pero justamente es todo lo contrario. Si los ingleses han avasallado a los indios, no es por esta razón por la que los indios reconocían y reconocen todavía la violencia, como principio fundamental de su organización social: se sometían, en nombre de este principio a sus reyezuelos; en nombre de este principio han luchado contra ellos, contra los europeos, contra los ingleses. Una compañía comercial—treinta mil hombres, hombres más bien débiles—han avasallado a un pueblo de doscientos millones! Decid esto a un hombre libre de prejuicios! No comprenderá lo que estas palabras pueden significar... ¿No es evidente, según estas mismas cifras, que no son los ingleses sino los indios los que han avasallado a los indios?

«Si los hindús han sido avasallados por la violencia es porque ellos mismos han vivido en la violencia y viven actualmente en la violencia; no reconocen la ley eterna del amor propia a la humanidad.

«Digno de piedad e ignorancia es el hombre que busca lo que posee e ignora que lo posee. Sí, miserable e ignorante, el hombre que no conoce el bien del amor que le rodea y que yo le he dado!» (Krishna).

«El hombre no debe sino vivir de acuerdo con la ley del amor, que es propia a su corazón, y que encierra en sí el principio de la No-Resistencia, de la No-Participación en ninguna violencia. Entonces, no solamente un centenar de hombres no podrían avasallar a millones, sino que millones no podrían avasallar a uno solo. No resistáis al mal, y no toméis parte en este mal, ni en la violencia de la administración, de los tribunales, de los impuestos y sobre todo, del ejército! Y nada ni nadie en el mundo podrá avasallaros»...

Una cita de Krishna termina (como había comenzado) esta predicación de la No-Resistencia, hecha por Rusia a la India:

«Hijos, levantad más alto vuestras ciegas miradas; y un mundo nuevo, lleno de alegría y de amor os pertenecerá, un mundo de Aazón, creada por Mi Sabiduría, el único mundo real. Entonces, vosotros conoceréis lo que el amor ha hecho de vosotros, con lo que os ha gratificado y lo que exige de vosotros.»

Esta carta de Tolstoy cae en manos de un joven indio, que era «hombre de ley», en Johannesburg en el Africa del Sur. Se llamaba Gandhi. Inspirado en una luz interior, escribió a Tolstoy hacia fines de 1909. Le anunciaba la campaña de sacrificios que dirigía desde hacía una decena de años, de acuerdo con el espíritu evangélico de Tol-

toy; le pedía autorización para traducir en lengua india la carta a C. R. Das.

Tolstoy le envió su bendición fraternal, en «el combate de la dulzura contra la brutalidad, de la humildad y del amor contra el orgullo y la violencia». Leyó la edición inglesa del Hind Swaraj, que Gandhi le envió y se dió cuenta en seguida de toda la importancia de esa experiencia religiosa y social:

«La cuestión que vos tratáis, de la Resistencia pasiva, es del más alto valor, no solamente para la India, sino para el resto de la humanidad».

Se procuró la biografía de Gandhi por José J. Doke y fué cautivado. A pesar de la enfermedad le dirigió algunas líneas afectuosas (8 mayo 1910). Cuando se sintió restablecido le envió de Kotschety, septiembre 1910,—un mes antes de la fuga hacia la soledad y la muerte—una carta de una importancia trascendental. Este documento será en lo porvenir como el Evangelio de la No-Resistencia y el testamento espiritual de Tolstoy. Los indios del Africa del Sur la publicaron en 1914, en el *Golden Number of Indias Opinión*, consagrado a la Resistencia pasiva del Africa del Sur. Estuvo asociada al éxito de su causa, a la primera victoria política de la No-Resistencia.

Por un triste contraste, Europa, a la misma hora, respondía con la guerra de 1914, donde se devoraba sin piedad.

Pero cuando hubo pasado la tempestad y su clamor salvaje se extinguió por grados, se oyó de nuevo, por encima de los campos en ruinas, elevarse como una alondra, la voz pura y firme de Gandhi, volviendo a decir de un modo más claro y más melodioso, la gran palabra de Tolstoy, el cántico de esperanza de una nueva Humanidad.

R o m a i n R o l l a n d

Villeneuve, (Vaud). Suiza, julio de 1928.

(De *Lecturas Dominicales*. Bogotá).

Doña Auristela de Jiménez,

Autora de un volumen de versos titulado *Cantos*

Ni los más irreductibles adversarios del feminismo niegan la capacidad de la mujer para cultivar el arte y especialmente la poesía, porque la música del ritmo y la sensibilidad exquisita para vibrar ante los espectáculos de la vida, parecen ser atributos que pertenecen y que les fueron pródigamente concedidos a las bellas y delicadas compañeras del hombre.

«Canto, nos dice la Sra. de Jiménez en el prólogo de su libro, como canta el pajarillo impresionado por la gloria del sol, por la maravilla de la naturaleza. No quiero saber ni de escuelas ni de estilos; no podría seguirlos». Prevenidos con esta admirable lealtad, no podemos esperar en sus composiciones ni el clasicismo frío y marmóreo de los parnasianos, ni las audacias de pensamiento y de forma del modernismo, sino poesía pura y cristalina que corre serenamente, reflejando la vida apacible, feliz y ordenada de la autora.

Y sin embargo... a través del equilibrio mental se ha introducido el germen de la libertad para la versificación que se debe al grupo de innovadores de la métrica castellana, tal como una de esas plantas bohemias que invaden y decoran las piedras simétricas de un hermoso monumento, nacidas de una semilla que el viento vagabundo y fantástico transportó para que germinara en algún intersticio imperceptible.

Estos *Cantos*, cuyos temas han sido elegidos al capricho de una vocación innegable

y seleccionados más tarde y limados con coqueterías maternas, nos ofrecen en conjunto, un ejemplo de lo que el poeta latino llamó con acierto la difícil facilidad.

He aquí un ejemplo tomado del poema *Piedras*:

Simbolizais lo eterno, lo inmutable...
Y por eso Moisés el elegido,
por temor del olvido
o del tiempo que todo lo consume,
en dos tablas de piedra
recibió su Decálogo admirable.
...Y con luz que destella,
según rezan las Santas Escrituras,
la del Monte Tabor
aún conserva la huella
bendita del Señor.
Las piedras del Sepulcro, de Jacob
de la honda de David,
auroleadas con luz de misticismo,
como piedras preciosas
engarzadas están al Cristianismo.

Otro ejemplo:

Los lectores deleitarán su espíritu en la contemplación de este paisaje apacible que bien pudiera llevar la firma de Corot:

El campo tranquilo.
El lago parece una inmensa pupila medio adormilada
entre los zacates y flexibles juncos,
sutiles pestañas,

en las cuales el ansia nocturna
va dejando, un reguero de lágrimas.
La luna, que pende
cual discreta lámpara,
da lumbre de ensueño... de amor... de nostalgia...
tamiza sus rayos
por entre las ramas,
con temor... no quiere despertar la brisa
que duerme en las frondas, plegadas las alas.
El silencio ha echado
su tul misterioso que todo lo apaga...

Las ideas, las imágenes, el ritmo sencillo, todo está escogido y enlazado con arte sutil para darnos la impresión de un tejido de seda brillante, suave y acariciador, según un pensamiento favorito de la autora.

Es realmente la musa que la inspira, sana de cuerpo y de espíritu. Baja a su hogar en una noche de plenilunio, o la encuentra en las mañanas frescas primaverales, rivalizando con las rosas de su jardín. Su casa es un templo. Allí habita un Dios y la poetisa es como una vestal que sin olvidar sus deberes prosaicos de la vida, entretiene en un pebetero la esencia preciosa y el fuego grato a esa Divinidad. Ella podría aplicar a su numen el verso de oro de Lucía Delarue-Mardrus, la evocadora de los maravillosos sueños de *Las mil y una noches*:

Tâcher d'aimer le Beau, sans être son amant.

Pero debo rectificar una de mis afirmaciones. Los deberes de doña Auristela de Jiménez no son prosaicos aunque absorben una buena parte de sus horas. Ella es educadora y así como la hemos visto volver la espalda a la retórica para engendrar sus versos, se olvida de la sacra pedagogía para pensar con el corazón y transformar el Colegio que dirige en una casa luminosa y fraternal; ella es madre de familia y cumple el precepto de ser dulce compañera de sus hijas.

Gabriela Mistral, en su vida apasionada, en sus viajes, en las páginas llenas de ardiente idealismo es ya una de las figuras familiares de la literatura contemporánea de América, una semidiosa protectora de todas las mujeres que sienten la inquietud del arte y sobre los hombros el estremecimiento de las alas.

Pues bien, si evocamos su nombre y su prestigio al tratar de la poetisa de Costa Rica, es porque el origen de su inspiración y sus hábitos mentales presentan alguna semejanza. Hemos dicho que su libro encierra poesía pura y casta, agua del arroyo cristalino. Y ahora agregamos que como ornamento precioso en el tocador femenino, semeja un búcaro de flores, cuyos pétalos caen en discreto y silencioso recogimiento.

Alejandro Alvarado Quirós

San José, Costa Rica.

A todos y especialmente a los COLOMBIANOS, interesa suscribirse a la revista gráfica

Tierra Latina

que se publica semanalmente en Bucaramanga, capital de Santander.

Repertorio Americano suministrará condiciones y copias de muestras.

Dos ediciones extraordinarias a todo lujo en julio y diciembre. — Año, \$ 5. Copia, \$ 0.12.

Página lírica

de Auristela de Jiménez

=Del tomo *Cantos*. 1928. San José de Costa Rica=

El ejemplo de los dioses

Soñé...
Era un bello jardín de un palacio.
De todos colores las rosas yo ví florecer:
ornaban las verjas, trepaban los muros,
ponían su matiz en los troncos oscuros,
y el césped y el suelo de pétalos blancos
[llenaban también...]
Tú y yo descendimos por la escalinata,
—solos habitantes del palacio aquél—.
Tú lucías un traje azul y escarlata,
yo, graciosa bata,
de rayos de aurora tejida tal vez.
La luna—¡qué linda!—filtraba en las frondas
su luz y su encanto... plateaba las ondas
del lago, en que había un palacio al revés.
Nuestro amor ¡qué blanco! ¡qué dulce! ¡qué
[suave!]
cual plumón del ave
que bebía estrellas en el agua.
«Ven»,
me dijiste, y fuimos por entre las rosas,
admirando estatuas de dioses y diosas,
envueltos en luna... plenos de embriaguez...
Todo en ese instante, «amor», nos decía.
Por doquier había
un idilio... una ansia que hacía estremecer.
«Sigamos su ejemplo
—dijiste, mostrando los dioses—
Los dulces instantes escapan veloces...
¡Vivamos, mi bien!»
...Y, al pie de la estatua, en el banco florido,
pidiéndole excusas al rayo de luna que estaba
[dormido]
probamos del beso el divino placer.

Acuérdate de mí

¡Oh, ven! La Primavera llegóse a mis jardines.
Mirad el mar de flores perderse en los
[confines,
y el huerto deshojarse en lluvia de azahar.
Mirad las mariposas
libando entre mis rosas
las gotas de cristal.
Las flores tienen alma ¿verdad? Si ellas
[pudieran
hablar ¡qué lindas cosas seguro nos dijeran!
Dirían que la vida, en su incesante huír,
es deshojar de pétalos: un constante morir.
Dirían que palabras, acciones, pensamientos,
son pétalos que escapan en todos los
[momentos.
Que vamos alfombrando
la ruta... y van volando
pedazos de nuestra alma, llevados por los
[vientos.
¡Las flores tienen alma! Yo siento que las
[rosas
se adentran en mi vida con fuerzas miste-
[riosas!
Me gusta verlas frescas luciendo sus matices
con la alegría sana de mis horas felices.
Y en las tardes brumosas,
en esas tardes grises
que llenan de nostalgia los seres y las cosas,
me invade su tristeza:
¡no puedo soportar
el lento deshojar
de pétalos, que bajan rodando con pereza...!
En la infinita calma,
¡yo siento que en cada uno palpita un trozo
[de alma!

Mañana, cuando mires llegar la Primavera,
acuérdate de mí... la rosa pasajera
que quiso hoy en tu vida poner una ilusión.
Acuérdate de mí si el ala de la brisa,
cargada de perfumes y pétalos, de prisa
se cuela en tu balcón...
Y cuando, allá en la tarde, las rosas junto a ti
deshojen sus corolas... ¡acuérdate de mí!

Soledad

Inspirada en *Aticismos Tropicales*
de Moisés Vincenzi

El campo tranquilo.
El lago parece una inmensa pnpila medio
[adormilada
entre los zacates y flexibles juncos,
sutiles pestañas,
en las cuales el ansia nocturna
va dejando, un reguero de lágrimas.
La luna, que pende,
cual discreta lámpara,
da lumbre de ensueño... de amor... de
[nostalgia...
tamiza sus rayos
por entre las ramas,
con temor... no quiere despertar la brisa
que duerme en las frondas, plegadas las alas.
El silencio ha echado
su tul misterioso que todo lo apaga:
¡No se oyen los remos...
no se oye la barca...
no se oye el latir de mis venas,
no se oyen mis ansias
ni el tropel de queridos recuerdos
que brotan de mi alma!
¡Qué sola, Dios mío!
¡Más fría y más densa se me antoja el agua!
¡Cuántas veces juntos
vinimos aquí, en las noches calladas,
a sentir ese anhelo indecible...
la cabal plenitud... esa dicha de sentirme
[amada...
de sentir que con todas mis fuerzas
también yo lo amaba!
¡Cuántas veces juntos
deslizamos aquí nuestra barca
en silencio...! ¡El lenguaje de amor
no tiene palabras!
...Y la paz de la noche
nos llenaba de paz... y era blanca
esa hora de ensueño... de lago... de plata...
Hoy todo es distinto!
La costumbre acaso
me lleva inconsciente a la perfumada
orilla, donde antes
recibíamos siempre la lluvia de escarcha,
florido saludo
de los naranjales que me recibían como a
[desposada.
Hoy siento la lluvia
cubrirme el cabello... los hombros... la
[espalda...
las ondas del lago... los remos... la barca...
Y yo no me muevo:
¡que caigan! ¡que caigan
y me cubran toda como una mortaja!
Contengo un suspiro, contengo el aliento,
[contengo las lágrimas.
¡Ah, si yo pudiera detener mi vida,
quedarme hecha mármol, dolorida estatua,
aquí, en esta noche, divina,
de luna... de sueño... de lago... de plata!

Sí tengo alas

*Mariposa: tú y yo somos pequeños.
Menguados son mis sueños y tus galas.
Tú, que puedes volar, no tienes sueños.
Yo, que puedo soñar, no tengo alas.*

Campoamor

Sí tengo alas... Palpitar las siento
y agitarse en anhelos de proezas.
Sí tengo alas, y también aliento
para alzarme a favor del pensamiento,
por encima de afanes y tristezas.

Si en la tierra me azotan los desvelos
y el dolor hace blanco en mi flaqueza,
tiendo el ala feliz... y allá en los cielos
voy trocando pesares y recelos
por una amplia visión de la Belleza.

¡Oh Belleza, la diosa entre las diosas!
Esta vida que tengo te la ofrezco.
He bebido tus aguas milagrosas,
y me has dado a mirar todas las cosas
bajo un lente de amor... ¡Te pertenezco!

Alas me dieron... Y este dón divino
es mi herencia querida, mi tesoro.
¡Cuánta flor hay sembrada en mi camino!
¡Y qué luz va alumbrando mi destino
con un brillo más grande que el del oro!

¿Sola? Nunca lo he estado. Bondadosas
tiernas musas me brindan sus favores.
En su reino no hay castas: mariposas
todos somos... y vamos entre rosas
aspirando el perfume de las flores.

Así es bello vivir. La vida es sueño,
una hermosa locura si se quiere.
Y entre ensueño y afán, afán y ensueño
va tejiendo la araña del empeño
el encaje de una obra que no muere.

Quien consigue volar se hace atrevido;
no se apega a la concha ni a la escoria.
No en el suelo—¡bien alto!—hace su nido,
y, más lejos aún, deja prendido
el ideal que le guiará a la gloria.

Piedras

¡Piedras! Hay un impulso
dentro de mí, que hacía vosotras tiende.
Cada vez que os cruzáis en mi camino,
despertáis un anhelo peregrino
en mi sér, que os admira y os comprende.

¿Tenéis alma?—decid—¿guardáis acaso
esa antorcha preciosa de luz viva
en vuestra masa inerte, y la cautiva
asoma su ansiedad por los millones
de poros, ventanales o balcones,
—ojos quizá, que observan y fascinan,—
y así como el imán atrae el acero,
intentáis absorber mi sér entero?

Tal vez mi corazón sea una piedra
gemela con vosotras,
que golpea en mi pecho muy de prisa,
cuando un amago de dolor le arredra,
cuando un goce en sus fibras se desliza.
O al revés... sois vosotras los pedazos
de un corazón enorme y palpitante...
El corazón de este planeta errante,
que en una hora de angustia y de histerismo,
de horrendo cataclismo,
os arrojó al espacio, vomitadas
por cien bocas flamígeras—entradas
a las ígneas cavernas del abismo...
Y después... cuando todo se disgregue,
cuando la capa de humus que reviste
como un manto fecundo
el rocoso esqueleto,
se reseque, se esponje, se desprege,
si la recia armadura no resiste,
a buscar hospedaje en otro mundo
volaréis como flechas luminosas,

y al cruzar por el aire enrarecido,
en bólide encendido,
fingiréis diamantinas mariposas!...

Simbolizáis lo eterno, lo inmutable,
el numen que perdura. La memoria
de los siglos guardáis en vuestros átomos.
Conocéis el secreto impenetrable
del principio del Tiempo, y vuestra historia
es la historia del Mundo que ha salido
no sabemos de dónde, ni es sabido
dónde acabe su hermosa trayectoria.
¡Edad de Piedra!... Allí principia el hombre
a poner los cimientos del grandioso
edificio que hoy álzase orgulloso:
la Civilización.
El dolmen milenario,
el acueducto, el arco, el obelisco,
la esfinge del desierto, la pirámide,
el rústico santuario
de apilados lajones,
el ídolo deforme... son mojones
tendidos a lo largo de la Historia
por vosotras, y marcan el camino
comenzado al rayar la Prehistoria,
por el hombre que marcha a su destino,
para llegar... ¿a dónde? ¡No sabemos!...
Mas toscas o labradas,
en finísima arena,
ya solas, ya mezcladas,
en vidrio, en argamasa o en cemento,
continuáis la cadena,
tal vez un monumento
formando... o bien la almena
de un castillo... las celdas de un convento!

Simbolizáis lo eterno, lo inmutable...
Y por eso Moisés el elegido,
por temor del olvido
o del tiempo que todo lo consume,
en dos tablas de piedra
recibió su Decálogo admirable.
...Y con luz que destella,
según rezan las Santas Escrituras,
la del Monte Tabor
aún conserva la huella
bendita del Señor.
Las piedras del Sepulcro, de Jacob,
de la honda de David,
aureoladas con luz de misticismo,
con piedras preciosas
engarzadas están al Cristianismo.
¿Y no es Pedro la piedra en que se asienta
la Iglesia del Rabino,
el dulce robador de corazones?
Pues nadie sus blasones
más brillantes ostenta;
ni nadie se presenta
con más limpio y añejo pergamino.

¡Criaturas adorables,
cada vez que os cruzáis en mi camino,
me dejáis un anhelo peregrino
que me invita a soñar!
Mi fantasía!
habitada a las giras deliciosas
por predios encantados,
por jardines de rosas,
por la alameda umbría,
por la comba del mar...
se complace en hallaros dondequiera,
—reales o fingidas—
A veces en la nube pasajera
con que se empiedra el cielo;
a veces en el suelo,
calladas y adormidas
bajo el beso abrasante
de un sol canicular que da bochorno.
Vuestras calvas destellan con reflejos
morados, amarillos o bermejos,
mientras chillan en lo alto las cigarras,
y la hormiga afanosa
en la sombra que dais, construye su horno.

Ahora es en el río...
Del calor del estío
me defiende una copa de verdura
que me presta su sombra.
Sobre mullida alfombra

de zacate que cubre las riberas
me dispongo a gozarme en el paisaje.
Salidas del bosque,
las aguas saltarinas y parleras
se deslizan cantando
por la fácil pendiente,
con el suave ras-ras de una serpiente...

¿Para quién las canciones
dulcemente sentidas,
los diamantes y encajes,
las guirnalda tejidas?
Y las sargas de perlas
¿quién irá a recogerlas?

Oponiendo una valla a la corriente,
ya plantadas en medio, ya a la orilla,
solitarias, en grupo, armando un puente,
en pequeñas arcadas,
desnudas o forradas
en musgos de colores y en gramilla,
sois las piedras sus únicos amores,
sus amigas de siempre,
el objeto de todos los primores.
Su canto es un arrullo
a las piedras dormidas en su cuna
bajo el verde cristal... Y en los idilios
mantenidos desde épocas remotas,
a la lumbre del sol y de la luna,
vale oír la dulzura de esas notas:
primero entumecidas...
después son como el raso...
más tarde es un crescendo
que culmina agitado en el abrazo
mil veces repetido...
ahora es un gemido
que se pierde y apaga en el estruendo
de una nueva caricia,
en que no hay sensualismo ni malicia.
...Y la vista extasiada
se recrea admirando los encajes,
las coronas ceñidas al acaso,
y la capa de musgos, irisada
con mil gotas brillantes
que os dejan a porfía,
susceptibles de todos los cambiantes
desde que nace el sol hasta su ocaso.
—Regio manto que tiene como broche,
una gema de sol, durante el día;
un rayo de luna, por la noche.

Más lejos... en el mar...
resistiendo el embate de las olas,
y emergiendo arrogantes de la espuma,
me obligáis a pensar
en esas almas que batallan solas,
y se yerguen altivas,
con más bríos y más fé, cuanto más vivas
a sus plantas se agitan las pasiones.
Ruge el mar y desátanse aquilones
que cuajaron allá en playas ignotas;
ni un instante siquiera han conmovido
las moles gigantescas, que son nido
de miles de gaviotas.
Suelos vuelan al aire los plumones,
y descienden flotando a las espumas...
Mientras tanto, la cumbre se colora
con los tintes rosados de la aurora,
o los tibios destellos
del sol que reaparece entre las brumas.
Si la mar está verde
con un verde sombrío;
si está el agua tranquila,
como enorme pupila

de algún monstruo que acecha entre las ondas,
—¡qué capricho este mío!—
yo quisiera ser buzo y deslizarme
por la oscura caverna,
que mis ojos no ven, más adivino:
palacio submarino,
donde la mar se interna
socavando impertérrita la roca;
palacio de cristales,
de conchas y corales,
habitado por pulpos y delfines,
tritones y sirenas
voluptuosas, que peinan las melenas
con sus peines de oro, y cuyo hechizo
miente al pobre mortal un paraíso.

¡Sirenas y tritones...
y reyes encantados...
y todas las legiones
de seres mitológicos que pasan
por mi imaginación
brindándome en esta hora un goce puro,
brotaron al conjuro
de vosotras, que sois mi inspiración!
Pues doquiera que estéis: en el camino
polvoso y fatigante,
procurando descanso al caminante;
en la cumbre de un monte,
cortando el horizonte,
inspirando quizás una leyenda;
o sirviendo de templo;
o tal vez dando ejemplo,
de equilibrio, como una maravilla
de la naturaleza;
forradas en gramilla
velando el frío sueño,
el último, el temido,
de algún sér sepultado en el olvido
por pobre, por pequeño,
...siempre, siempre mi alada fantasía
ha bebido en vosotras poesía.

...Y mi pluma tan torpe,
que no sabe expresar lo que yo siento!
Ya fué dicho una vez, no sé si en prosa:
voló la mariposa
desplegando el prodigio de sus alas;
la apresáis en la mano, y de sus galas
sólo os queda un despojo ceniciento...
...Así es el Pensamiento!

San José, 10 de Marzo de 1924.

Selección y envío de Alejandro Alvarado Quirós.

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer
dos premios: de ₡ 200 (\$ 50 oro am.)
uno, y de ₡ 100 (\$ 25 oro am.) el otro,
a los dos mejores artículos que nos
lleguen acerca de este asunto:

*¿América para los americanos o
América para la humanidad?*

Dentro y fuera del país, concurren
los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más
o menos, en unas MIL palabras.

Artículos no premiados que sean in-
teresantes y meritorios, nos reservare-
mos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Se-
tiembre próximo.

El jurado se nombrará oportuna-
mente.

Los trabajos han de remitirse con
las precauciones de estilo en estos
concursos.

Rep. Am.

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15
de cada mes en números de 90 a 128 pá-
ginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta
de los libros de los cuales se remitan dos
ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Francia y la cultura greco-latina

FUE una noble velada, la del 28 de agosto. En uno de los salones de la Biblioteca Nacional, centro de las meritisimas actividades de García Monge, iba a transmitirnos el Profesor Levy Bruhl, de la Sorbona y el Instituto, el mensaje espiritual de Francia. Hizo la presentación el Lic. Alejandro Alvarado Quirós—ese ateniense del Siglo de Pericles trasplantado a nuestra modesta Costa Rica y a este siglo de positivismo irreductible. Marcó en muy felices términos la trascendental oportunidad de la misión del ilustre sabio europeo, y nos dió la buena noticia del intercambio universitario que ella inicia. El Profesor Levy, con la naturalidad de quien ha consagrado una larga vida al examen de los más altos problemas humanos, abordó desde luego el tema de su plática. ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente de las violentas transformaciones que el maquinismo, impulsado en vertiginosa celeridad por las ciencias aplicadas, ha introducido durante los últimos cincuenta años en el mundo? ¿Debemos volver las espaldas a la cultura greco-latina, y buscar un nuevo tipo de civilización, un concepto nuevo de los valores morales intelectuales, que de modo más efectivo se sincronice con las exigencias del momento? En otros términos, y llegando al fondo del asunto, ¿cómo debemos educar a nuestros hijos?

Es claro que la civilización no es sino una marcha hacia adelante, un constante ascenso a más altos niveles, y que la ciencia—todas las ciencias—no nos ofrece sino verdades provisionales, peldaños transitorios en nuestra eterna peregrinación hacia las cumbres, y ello impone una incesante sucesión de adaptaciones. Pero hay en la obra de los pensadores de Grecia un principio básico, una norma de actividad espiritual sin cuya virtud no habrían sido posibles los estupendos progresos materiales que a diario nos asombran: la investigación de la verdad por la verdad misma. Mientras otros pueblos encaminaban empeñosamente sus afanes a acaparar riquezas en el comercio, o con el auxilio de empíricos tanteos determinaban apenas las fórmulas requeridas para proveer a sus necesidades o soberbias, a la sombra de la colina sagrada, o en las áridas regiones que desde su cúspide se dominan, unos cuantos hombres, indiferentes a los bienes materiales, sin otro estímulo que el amor de la verdad pura, creaban por medio de las disciplinas de la ciencia matemática, es decir de la investigación desinteresada, el sésamo que debía abrir las puertas, hasta entonces invioladas, de

los misterios de la naturaleza. Es lo que Renan ha llamado *el milagro griego*, el más prolífico de los milagros que en la tierra se hayan producido.

De otra parte ¿cuál género de preparación puede proporcionarnos, para el afrontamiento inmediato de las múltiples exigencias de la realidad, una base más sólida, y más vasta al mismo tiempo, que la que el estudio de las llamadas humanidades nos procura? ¿Cuál es capaz de darle mayor plasticidad al intelecto y abrirle más amplios horizontes al espíritu? Historiadores o filósofos, hombres de letras o de ciencia, los grandes humanistas han construido los instrumentos intelectuales de método y de raciocinio que, aplicados hoy a las artes útiles, se materializan en las mil y una maravillas del progreso contemporáneo.

Arrastrada Francia a una guerra que no deseaba y para la cual carecía, en consecuencia, de preparación, vió caer en los primeros combates a su intrépida oficialidad de carrera que, por una vieja tradición gálica, marcha a la acción al frente de sus tropas. Fueron hombres salidos de sus liceos, sin la especialidad de estudios militares, los que inmediatamente llenaron los vacíos, mostrándose a la altura de los trágicos menesteres de la lucha. Sus estudios de segunda enseñanza, a base de humanidades, habían dado a aquellos oficiales improvisados la elasticidad de inteligencia necesaria para adaptarse con éxito a las nuevas e imperiosas exigencias.

Hay en la cultura greco-latina veneros preciosos de belleza moral y artística; pero a aquellos dos, particularmente,—el amor a la verdad por la verdad misma y el cultivo de las humanidades,—debemos conducir a nuestros hijos a que satisfagan las ansias del espíritu, para que no se rompa el hilo de oro que, de Sócrates, Platón y Aristóteles a Bergson y Einstein, ha guiado a la humanidad en su avance victorioso hacia una existencia más noble y más perfecta.

No nos es dado, en países jóvenes como los nuestros, donde tantas urgencias materiales reclaman atención premiosa y exclusiva, consagrar el tiempo indispensable al estudio de las lenguas, muertas hoy, en que Grecia y Roma produjeron sus tesoros. Pero Francia nos los presenta a través de su idioma, diáfano como el cristal más puro. Heredera legítima de las tradiciones greco-latinas, Francia ha conservado piadosamente el patrimonio de la sabiduría clásica, acrecentándolo con los aportes de su propio genio,—de los Rabelais, los Molière y los

Descartes, de los Corneille, los Bossuet y los Voltaire, de los Taine, Renan, Pasteur y Victor Hugo, para no citar sino unos pocos de la falange sin número de sus semidioses; y con generosidad de madre ofrece esas riquezas, en su hogar que es el de todos los pueblos, a cuantos anhelan abreviar su espíritu en las fuentes elíseas de la verdad y la belleza.

Doy apenas un brevisimo trasunto de las doctas palabras del Profesor Levy Bruhl. Faltan muchos conceptos. Hay de menos, sobre todo, el enlace admirable de las ideas, las galas del discurso, el magnetismo de la expresión sincera y persuasiva. Es sólo un eco, como tal forzosamente desfigurado e incompleto, del gentil mensaje de Francia que su autorizado embajador intelectual trae a nuestra América.

Ernesto Martín

San José, 4 setiembre 1928.

Haya Delatorre ha dicho verdad

Lima, 20 de agosto de 1928.

Señor don Joaquín García Monge.

Grande amigo:

Casi estoy por alegrarme de que una aseveración mía precipitada e infundada haya sido el motivo para que Haya Delatorre exhiba ante América uno de los más bellos capítulos de su vida poética, precisamente aquel que tiene contacto con la mía «pintoresca». Me presto su adjetivo: pintoresca! Sí. Y tanto que yo también la tengo escrita en larga carta en verso al mismo Haya. Tan larga que no ha habido Revista lo suficiente pródiga para ampararla. Ya saldrá en libro. Haya la conoce pues se la leí en mejores días y recuerdo su risa al verme llorar por mis 47 estrellas que nunca he podido utilizar ni para tirárselas como adoquines a la cabeza de los Asnos...

Y ahora al hecho:

Haya ha dicho verdad. Aquella aseveración mía de su leguismo fue basada en datos que nunca he podido comprobar. Al contrario. Preguntado por mi Oscar Leguía y Martínez sobre si Haya había tomado parte en la revista *Germinal* que hacía la campaña para la elección de Leguía, me contestó:

—No, Guillén. Haya no ha sido nunca otra cosa que hayista.

Es mi deber declararlo aquí hidalgamente, y ya tenía pensado hacerlo, aunque Haya no hubiese levantado su palabra para decir su verdad. Cuanto a otros menudos detalles que consigna en su *Autobiografía* (*) confieso que también tiene razón. Salvo el que yo viniera a Lima con un libro de versos, un limpiadientes y una camisa. Debo rectificar: lo del libro no era uno sino varios: plumas de mi ala. Lo del limpiadientes pudo ser verdad. Lo que si no puedo dejar pasar sin mi protesta es lo de la camisa, pues no traje ninguna. Y por eso en uno de mis primeros retratos en *Variaciones* de Lima salí desnudo como un Bautista. Lo que no dice que traje es ala. Pero tan doblada en la estrechez de mi maletín de viaje, que en Lima no me sirvió de nada y tuve que arrastrarla en tierra ni más ni menos que el albatros de Baudelaire.

Nada más por ahora, mi querido y gran García Monge. Y perdone lo haya hecho víctima de estas intimidades. Me dolía esa palabra mía precipitada. Así como el dolor de que se me acusase de haber yo insultado a Haya, y mi protesta inevitable, ha motivado esta continental escaramuza.

Nobleza obliga.

Siempre suyo:

Alberto Guillén

S/c.—Pacae 951, Lima.

(*) Véase el Num. 4 del tomo en curso.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

Pasó el centenario de Fray Luis de León. Pasaron las ceremonias oficiales, en aquella Salamanca sobre la cual se cernían, como homenaje supremo al dulce poeta, las palabras que precisamente no fueron pronunciadas. Una suave ironía (*sancta simplicitas!*) rizaba los labios del espectador desconocido. ¿Acaso todavía el buen agustino sufría en las cárceles de la Inquisición, mientras se celebraba su memoria? Bien estaba el recuerdo del suave cantor, pero sin duda algo trascendía más allá de su inmortalidad de poeta, con una actualidad ineludible.

Perdónenme los lectores el retraso con que quisiera juntar mi voz a la conmemoración del centenario; pero Fray Luis de León, tema inmortal, no necesita la excusa de un homenaje de ocasión para suscitar nuestro comentario.

Lo más interesante en la persona de Fray Luis es la ambigua fusión de las más dispares influencias produciendo una firme y coherente personalidad. Jamás la herencia oriental y la clásica consiguieron más dulce y armónica unión. Los que atribuyen a la escuela salmantina un predominio de la tradición latina por oposición a la tonalidad oriental de la escuela sevillana, olvidan el fuerte hebraísmo de Fray Luis, causa precisamente de sus tribulaciones. ¿Por qué la inspiración bíblica de Herrera ha de prevalecer sobre la de Fray Luis, mucho más docta y profunda? Y en cambio, ¿por qué ha de prevalecer el tono horaciano de León sobre el del autor de la *Epístola moral a Fabio*?

Fray Luis transformó en su espíritu la herencia oriental y la clásica, dándoles uniformidad a través de su propia visión. Hombre del Renacimiento, formado a la sombra de una gloriosa Universidad, bajo un sayal religioso, su persona es una curiosa concentración de valores, un aspecto singular de su mundo y de su tiempo. Lo que pudo ser mezcla detonante, en él fué motivo de suave concordia; mejor diríamos, fué acorde en el puro sentido musical, fuente inagotable de armonía. En otras almas que sufrieron la acometida de los propios vientos opuestos, se levantaron tempestades peligrosas. Fray Luis de León, con un reflejo franciscano sobre su hábito de agustino (tan diverso en tradición originaria), parecía amansar con su gesto el tumultuoso asalto de las corrientes adversas. Esa alianza de términos contrarios no fué un contubernio; fué un consorcio. Pero aún así, la recelosa vigilancia del Santo Oficio cayó sobre el buen agustino, y le hizo columbrar, allá lejos, la hoguera de Savonarola y la de Bruno...

No es difícil descubrir la huella de esas influencias en Fray Luis. Ellas forman la gama ascendente de su espiritualidad, desde el apartamiento al misticismo. En la base está la herencia latina. Está la melosidad virgiliana; suena el caramillo de las Eglogas con toda la candidez de una interpretación muy lejana del cortesano artificio y el calculado refinamiento del original. Diríase que el pastor de los villancicos, en el éxtasis suave de Belén, ha suplantado al pastor de Teócrito.

Elevémonos un grado sobre esta escala diatónica. Es el momento horaciano. El Horacio de la *aurea mediocritas*, el del *Beatus ille*. Podrá el buen discípulo, por emulación puramente retórica, transportar a la ruta de

El recuerdo de Fray Luis de León

=De La Nación, Buenos Aires=



Fray Luis de León

(Dibujo de Luis Macaya)

la España goda la fatalidad troyana, glorando el *Pastor cum traheret*. Pero el verdadero sedimento de Horacio en el espíritu de Fray Luis es la complacencia, vagamente misantrópica, en la vida rural. Me parece recordar que Menéndez Pelayo hizo notar la superioridad de la traducción del *Beatus ille* por nuestro poeta, sobre su tan divulgada imitación. El horacionismo de Fray Luis nos produce el extraño encanto de una especie de *versión a lo divino*, por la cual el poeta consigue transfundir en complacencia evangélica la egoísta aspiración epicúrea.

Como una superposición parasitaria sobre aquella alma tan hondamente cristiana, quedarán los vestigios paganos de esa huella. Así, mientras Cherinto recibe el saludable consejo contra las Sirenas engañosas, las Nereidas empujan hacia España la nave que lleva el cuerpo de Santiago, *del agua el pecho alzando*, como empujaron la nave de Vasco según Camoens... ¡Dulce conmixtió del vino de Caná con el Falerno de Tibur! Así, el propio Santiago, contra las huestes musulmanas, se levantará como *otro Marte*.

Subamos un grado más. Desde el Apartamiento, ascendemos a la Contemplación. La melosidad geórgica es ya percepción ulterior, penetración más allá de las viles apariencias. La musa del poeta, que fué una Marta hacendosa y sencilla *de andar al sol tostada* cuando su ideal se limitaba a la escondida senda, sabe encontrar después, como María, la mejor parte. La composición típica, en ese aspecto, es la oda a Salinas. Estamos en los umbrales del sentido místico de Fray Luis. Momento del éxtasis, que precede al momento del anhelo y del transporte. Misticismo de estirpe clásica, que precede en intensidad sentimental, a las formas propiamente románticas y a las orientales del misticismo. Fijemos bien su clasificación en la historia de nuestra mística. Es la complacencia en el descubrimiento de una visión no alcanzada por los sentidos vulgares. Es la

pura serenidad: la *sofrosine*. ¿Quién no conoce el platonismo de esa poetización exquisita? Sobre la inconsciencia desmemoriada, el alma percibe sus manantiales, por el prestigio de la sabia armonía. La belleza suprema del sonido se resuelve en luz. Hemos ascendido a la región en que se aunan y confunden las formas de la hermosura, más allá de la distinción instrumental de los sentidos. La música se torna visión.

Pero todavía podemos subir, un grado más, en aquella ascensión. Nuestro poeta no alcanzó nunca los balbuceos de la visión directa de Dios, lo que llamaremos *glosolalia*. Si el misticismo es aquella enajenación por la cual el alma que hablaba de Dios llega a hablar con Dios, en diálogo de amor, Fray Luis de León, no llegó a ser propiamente místico. (Menos lo fué, ciertamente, el retórico Fray Luis de Granada, temperamento opuesto al del verdadero místico). Pero si hay un misticismo inicial que consiste en la inquietud y el anhelo de superación de la vida material en el ansia de vuelo del espíritu hacia la presentida infinitud. Fray Luis de León es uno de los arquetipos del misticismo español. Mentalmente, recitamos las odas en que moduló esa noble desazón de su espíritu. Su canto a la Ascensión le sugiere el sentimiento de nuestra impotencia corporal para el supremo vuelo.

El espectáculo de la Noche Serena despierta en él una *ansia ardiente* por la *morada de grandeza*. Y en la oda a Felipe Ruiz, *¿Cuándo será que pueda...* culmina la feliz expresión de esa ardorosa impaciencia, tan distinta de la moderada aspiración al tranquilo apartamiento y a la vida descansada. Desde la prisión de la tierra, el poeta presiente la visión del cielo, y parece encontrar resonancias del *Paradiso* dantesco.

Esta es la filiación del misticismo de Fray Luis. Escuela platónica; reminiscencias de la antigua escuela alegórica española. *La rueda que huye más del suelo*, ¿no parece una imagen propia de Juan de Mena?

Las otras formas del misticismo español son, decíamos, la propiamente romántica y la oriental. La primera está representada por Santa Teresa. Es la herencia trovadoresca, vertida a lo divino. Es la esencia amorosa del libro de caballerías, transportada al amor de Dios; es la glosa infinita sobre los textos del amor profano.

En cuanto al misticismo de origen oriental tiene una doble procedencia: la de los *sufis* árabes y de los poetas judíos de la Edad Media, encarnada en Raimundo Lulio; y la que emana del *Cantar de los Cantares*, cuya más alta representación es San Juan de la Cruz.

Fray Luis de León acercóse a ese manantial. Conocida es su versión del famoso epitalamio salomónico, causa de las persecuciones que padeció. El, que imaginaba la tierra como una cárcel, hubo de sufrir, hiperbólicamente, prisión en la prisión. El conocimiento directo de los textos sagrados comunicó un superior sentido de su espíritu y de su letra. Así como la esperanza de una vida superior le consolaba de la vida presente, el libro de Job, forma semítica y precursora del estoicismo, le descubrió el temple del alma por la exaltación de la voluntad sobre el dolor.

Y así como la supuesta filiación salomó-

(Pasa a la página 159)

Charlas literarias con don Pedro Prado

Sobre Gabriela Mistral

= De Universidad. Bogotá =

HACE unos días propusimos al diplomático chileno que semanalmente nos hablara de uno de los valores artísticos de su país, para hacer en *Universidad* una especie de índice de la cultura de la amiga tierra austral.

Don Pedro nos atendió y acarició nuestra idea.

—Y, por dónde comenzaremos? Yo pensé que hoy le hablaría de la influencia de Balmaceda Toro sobre la obra de Rubén Darío. Este Rubén, cuando fué a Chile en sus mocedades, llevaba aún el espíritu cerril, era una maravillosa cabeza sin pulir. Balmaceda Toro, en cuya casa de Santiago vivió cuatro años Darío, y donde escribió *Azul*, adivinó la genialidad del nicaragüense y le puso la brújula de su gusto. Pero no hablaremos de eso; no tengo ahora algunos datos que obtendré, y entonces si charlaremos de aquello. De manera que de cuál tomamos tela para mudar esta charla?

—En todo caso de un valor conocido aquí por algún aspecto; pero al hablar de él hagámoslo sobre el aspecto no conocido.

—Sobre Gabriela Mistral? Quiere usted?

—Magnífico! Parece que ella tiene amistad con los colombianos que hay en Chile.

—Gabriela me presentó una tarde como cincuenta que fueron con ella a tomar a casa el té. Fué una tarde feliz para mí y de aprietos para la servidumbre que no sabía cómo atender tan numerosa como grata visita. En Chile hay muchos colombianos.

Después de esto, don Pedro pintó el ambiente que nutrió el heterogéneo espíritu de Gabriela Mistral.

—Ninguna tierra chilena ha producido más cosecha artística que Coquimbo. Ahora y siempre; omitiendo a Neruda, y a muy pocos, en los dos o tres valles y en las serranías de Coquimbo han espijado las melodías de mi país. De Neruda, que es del sur, y uno de los más subidos poetas, hablaremos después.

Esta tierra de Coquimbo va en rugosidades ascendentes del mar a las cumbres andinas, que allá, al revés de las verdes montañas colombianas, son picos desnudos y nieves. Enclavados en esos vericuetos, hay muchos pueblos, todos ellos mineros, porque Chile es una gente minera, y la de Coquimbo lo es únicamente.

Pero La Serena, la capital, es casi un puerto de mar. Allí más bien se sueña a pocas cuerdas del mar. Es una ciudad antigua que nació en las épocas de Pedro de Valdivia, y como las legendarias ciudades españolas de América, guarda sus tradiciones, sus viejos y numerosos templos, y sufrió también los periódicos asaltos de los piratas que husmearon por acá. Y las palmeras de La Serena no son como las otras palmeras del mundo. Las de aquella ciudad tienen bases, bases naturales, como las sobrias y esbeltas de las columnas jónicas y corintias. Si las dominamos de un vistazo, también agraciadas por el ambiente, se las puede comparar del suelo a la copa con las obras arquitectónicas de Corinto.

Las quintas de La Serena son un encanto nacional.

Entre todo eso, y por encima de eso, los jardines y las plazas. Los claveles, los floripondios y los cinamomos son flores de La Serena.

La luna de La Serena es la más espléndida, digamos las noches. Muchas veces oí cómo hincaban en esas noches su canto los zorzales del parque.

Además, esto se llama *La Serena*.

En la sierra está Paiguano; y en Paiguano, La Alcayaga, la hermana media de Gabriela Mistral.



Gabriela Mistral

—¿Cuál es el nombre de esta hermana?

—Vea usted... no recuerdo. Es tan para los demás, fué de ser para su madre, que vive, Gabriela y la hija; tan abnegada esta mujer, que apenas recordamos de sus virtudes y no sabemos su nombre. Es que al pensar en ella, nos asaltan sus bondades inéditas, nos nutren, y no percibimos más.

La madre de Gabriela casó dos veces y enviudó dos veces; es como decir que pasó a los mimos cuidadosos de su hija mayor, La Alcayaga, maestra de escuela de Paiguano.

Pues bien, esta hermana media ha sido el nervio y el músculo discretos pero briosos de cuanto es Gabriela Mistral. No es nervio ni músculo que están bajo la piel, y se manifiestan al ejercitarse; son motores muy internos que trabajan incansables y callados. También es como el espejo pequeño de la cartería; todo lo dice y luego se esconde. Ah, La Alcayaga es el alma del espíritu de la Mistral! Si atendemos a las virtudes milagrosas, que son patrimonio de la mujer, La Alcayaga es la más mujer que conozco.

Paiguano es pueblo de mineros y vecino al filo de la montaña.

Ya verá usted que al hablar de Coquimbo corren necesariamente los mineros en el relato. Es que aquello es una zona, la más minera de Chile.

Todos esos hombres, cualquier día se cargan su maleta frugal y emprenden los angostos senderos de las sierras con su ambición en el músculo y en la fantasía. Es-

carban los picos, y de repente se encuentran los filones de oro, de cobre o de estaño. Se hacen ricos; pero nada tan parecido a los jugadores empedernidos como estos mineros. La fortuna que nació con el primer hallazgo, se hunde en nuevas búsquedas de metales, y, necesariamente, vuelven a la miseria, sin otro tesoro que leyendas y relatos briosos sobre la esquividad de la riqueza escondida en los eternos picachos.

La sobriedad de estos incansables vagabundos de los encaramados desiertos no es comparable, por ella y por todo, sino a la de los penitentes africanos. Verdad es que aquéllos van tras del oro, y éstos fueron a nutrirse de filones de verdad infinita.

Todo Coquimbo es una raza de fantaseadores. No hay en ninguna parte más fantasía, eso sí de color, temblor y sonidos de metal.

Aquellos picos, sin malezas, sin vida, tan solos, nadie que ignore esto, sospecharía que tienen más vida de leyendas que ningunos de América.

De ese afán de los mineros nacieron en Coquimbo caseríos serranos casi de hombres, donde no hay mujeres, y otros más costeros, más al nivel del mar, de sólo mujeres. Los hombres se van y las mujeres quedan. Aquéllos vienen por temporadas, como ciertos animales, a preferidos o especiales lugares.

Por razones mineras se fundó La Compañía, un poblado al norte de La Serena. Carlos Lambert plantó allí una máquina, y compraba las escorias mineras. Un hombre científico que sabía que allá era más lucrativo explotar las escorias que buscar los filones. Con las escorias de Lambert se hicieron casuchas de un subido color amarillo, que hoy forman un pueblo triste, con gentes melancólicas y aburridas, que repasan siempre las traiciones del oro y del cobre serranos, pero gentes buenas, viéndolas por el interior.

Conoce usted la obra de Gabriela Mistral? Toda su fantasía es la fantasía de Coquimbo. De arriba al mar, de norte a sur, ella, que tiene una alma sensible como una cuerda, ha sonado a impulso de todas las vibraciones de la raza de esta provincia de Chile, porque ha sido maestra de escuelas rurales y de liceos de toda la zona. Esta vocación apostólica la alimentó en ella sin duda La Alcayaga, y asimismo la abnegación y la sumisión a su obra.

Siempre ha enseñado a los pequeños, sólo a los niños. Su sensibilidad y su fantasía frente a ellos, el instinto providencial, y la hermana maternidad de La Alcayaga, indudablemente la hicieron poseer, sin ser madre, ese misterioso sentido maternal de muchos de sus cantos.

La tendencia social de la Mistral, es su vida, del brazo digamos, de las clases humildes, y también su condición de mujer nacida de las mismas clases.

Fue maestra del Liceo de Punta Arenas, y allí acometió una cruzada social de que se la acusó. Sus campañas sociales son sobrias. Su carácter es un poco tolstoyano, y, además, su condición de mujer, instintivamente prevenida, quitan a sus labores en este sentido lo que pudiera llamarse una intensidad histérica.

Su carácter vagabundo tiene sus raíces en la vida gitana de los mineros que han desfilado los cuarenta años de la Mistral, ante los ojos y ante la demasiada plástica sensibilidad de la poetisa.

Hay también brochazos alegres en el cuadro poético de Gabriela. Es la influencia de La Pampa, otro caserío al sur de La Serena, donde Gabriela fué maestra. Es uno de los pocos puntos donde se celebran las fiestas autóctonas, fiestas de clásico color

chileno que no pierden los habitantes de La Serena.

Y, ahora, amigo Márquez, hablemos de Andacollo. Esto sí que es interesante!... Hablar de Andacollo es hablar de la Virgen de Andacollo.

En épocas coloniales, un derrotado español, en el afán de la fuga, alivió la carga dejando una virgen de madera en el hueco de un árbol. Con los años, el árbol sanó de su herida, y la imagen quedó en el corazón de la leña.

Un día un indígena llamado Collo, al derribar y romper el árbol, topó con la reliquia, y en su asombro, se dice que oyó estas palabras: Anda, Collo. De ese verbo imperativo, y del nombre del indígena nació el nombre del pueblo que se agrupó junto al templo, que en el lugar del hallazgo, fundaron los padres de esta preciosa tradición católica.

La Virgen de Andacollo es como la Virgen de Chiquinquirá de Chile; el templo son el viejo y el nuevo, uno solo para los creyentes. El altar de la Virgen lo hizo de pura plata, de arriba a los fundamentos, la fe de los soñadores mineros de Coquimbo. La Virgen de Andacollo sí es allá la escala del corazón de los hombres al trono de Dios!...

En Andacollo enseñó Gabriela Mistral. Pues el misticismo de la inspirada mujer se agita locamente de Andacollo a Los Andes. Los Andes es un pueblo de las cumbres andinas, y allí, cuando era maestra, su primero y único amor se suicidó. Más de la mitad de su flauta poética es lamentos por el muerto y oraciones fervorosas por él.

*Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,*

*cal de mis huesos, dulce razón de mi jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada,
no tengas ojo torvo si te pido por éste!*

*Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.*

*Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.*

*Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.*

*¡Dí el perdón, dílo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al variarse, toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.*

—Por qué se suicidó?

—Nunca lo he sabido.

Los sonetos de la muerte, que ganaron una flor natural en un concurso literario en Santiago, los escribió Gabriela Mistral con el corazón en Los Andes y la rodilla clavada en el altar de Andacollo.

*Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.*

*Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.*

*Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
Y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.*

*Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese honor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!*

El segundo soneto comienza:

*Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...*

*Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!*

*... «Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!*

*¡No le puedo gritar, no le puedo seguir:
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor».*

Gabriela viste sencillamente. No presta atención a las modas. Ni vieja ni joven, ni alta ni pequeña, ni gruesa ni tampoco delgada. Todo lo hace con una peculiar dignidad. Nunca va sola; una fila de admiradores va siempre con ella.

Las pequeñas cosas hay siempre quien se las haga; dice, por ejemplo: —Escriba una carta a Fulano; responda usted al teléfono..., etc.

Nació la Mistral en Vicuña, en 1889. Una ciudad encaramada en las montañas. Bella, pero triste. Es un sanatorio de tísicos, donde se vive a la sordina, tan discretamente,

O n e l M á r q u e z

Los ex-chilenos

Arreglado para el Repertorio Americano.

EN la novela *El Chileno en Madrid* he penetrado en ese medio de ex-chilenos que abunda en Europa. Tienen nombres híbridos, mezcla de anglo-sajones y españoles, como el mío propio, y viven renegando de América, de sus gobernantes, de su suerte, de sus compatriotas. Yo he oído decir a uno en París: «Hoy me pasó la cuenta el sastre, he cogido una gripe y me subieron el precio del apartamento, ¡pero no estoy en Santiago!» Eso era lo esencial: no estar en su tierra, donde nació, cumpliendo con el destino.

Con los chilenos de mi novela pasa eso. Empecé a escribirla sin darme cuenta de que lo principal sería la fuerza centrífuga de sus personajes: Wallace, Lindstrom y Dax, ex-chilenos. Poco a poco esos espectros literarios tuvieron más fuerza que el novelista y me llevaron a hacerme algunas preguntas y respuestas interesantísimas.

—¿Por qué los chilenos tenemos la cualidad de saber adherirnos fácilmente a cualquier círculo social, comercial, o literario, de otras tierras? ¿Qué otra cosa es la adaptación, el poder innato de la adaptación que constituía el carácter saliente de uno de los personajes de *El Roto*?

En muchos países y en las más diversas latitudes encontramos chilenos adheridos a los círculos o negocios menos parecidos a los de nuestra tierra. Así el poder de adaptación ha llegado a parecernos, sino un defecto, por lo menos un fenómeno interesante y que reclama estudio. Por cuanto un francés, un italiano o un alemán, conservan en nuestra América su sello, su carácter y no pierden el contacto con la patria. Hemos escrito en otros ensayos que el esfuerzo de las colonias españolas radicadas en nuestras repúblicas, vierte cada año en la metrópoli sumas fabulosas superiores a cien millones de pesetas. No hay un español capaz de hacer a su patria el desaire de invertir sus utilidades en Bancos de otra parte. Bástenos decir que Blasco Ibáñez, con todo su rencor a los Gobiernos hispanos, dejó parte de su

porque nadie en la apariencia y en las maneras se acerca más al callado enfermo convaleciente que aquéllos. Todo enfermo incurable, resignado, se va afiliando de un modo espontáneo a una triste filosofía pseudo-mística.

Sencilla como la provincia de Coquimbo es la poesía de Gabriela Mistral. No hay complicaciones en ella.

Hernán Díaz Arrieta, para pintar a Gabriela Mistral, echa mano eficazmente de la pintura que hace Ernesto Renán del hebreo:

«Un carcaj de flechas de acero, un cable de torciones potentes, un trombón de bronce que rompe el aire con dos o tres notas agudas: he ahí al hebreo.

»Esta lengua no expresará ni un pensamiento filosófico, ni una verdad científica, ni una duda, ni un sentimiento del infinito. Las letras de sus libros serán contadas; pero serán letras de fuego. Dirá pocas palabras; pero martillará sus palabras sobre un yunque».

Al escribir esta charla familiar de don Pedro, pensamos en la manera aristocrática de su hablar sobre las cosas. Parece un joyero que exquisitamente puliera un anillo que casi no sabemos para qué, pero que un día, para acabar la obra, encima le coloca un diamante de maravillosas facetas. Sobre las leyendas del oro de Coquimbo de pronto puso a Gabriela Mistral.

fortuna en papel del Estado español, principalmente ferrocarriles nacionales. Esto se llama patriotismo práctico y fructífero.

En cambio nosotros, en cuanto podemos arrancar de la tierra, lo hacemos con enorme placer y encontramos nueva patria en cualquiera parte. Nuestros capitalistas emigran con facilidad y depositan en Londres o Nueva York para cobrar la renta y gozar de la vida donde les parece mejor.

Preguntando por qué ocurre esto, un amigo me respondió: «Es que nuestras repúblicas son patrias derivadas». ¡He aquí una explicación o esbozo de solución muy interesante! Somos frutos de otras patrias más fuertes y definidas. Lo mismo ocurre con los franceses de Algeria o de Marruecos poniendo por caso.

Yo estoy seguro de que el nieto de un francés establecido en Marruecos y que no salió nunca de Marruecos, no grita ¡Vive le Maroc! sino ¡Vive la France! en caso de que se produzca en su organismo ese grado de excitación pro-sociedad que se llama patriotismo.

Bueno. Yo he visto chilenos metidos en los círculos monarquistas de Lisboa, en los anarquistas de Barcelona, en los futuristas de Montmartre, en los juerguistas de la calle Pigalle, en los espiritistas de Londres, en los toreristas de Sevilla, en los literarios de Madrid, en los teatrales de Lima. Hay chilenos en Cali, en Nueva York, en Canadá, en la India, y esto no sería nada si no añadido que están en todas partes como en su casa. Quintín Romero Rojas, nuestro campeón—*Roya* le llaman en Nueva York,—se casó con malagueña y ha puesto restaurante por allá. ¿Qué cosa serán sus hijos? Nada menos que yanquis. Serán *jolly good Royas*.

Lo peor es que, algunas veces, estos ex-chilenos, especialmente los que provienen de la clase alta, adoptan como tema de conversación el pelambre contra Chile. Así los he visto en el Banco Anglo South de la

calle Scribe, en París, y en cuanto centro se reunen.

Veamos en qué consiste esta tragedia de no tener una patria bien metida dentro como ocurre a los europeos. Voy a empezar cambiando el plural por el singular, contando mi propio caso, es decir la personal experiencia. En Madrid me reunía con cuatro o cinco compatriotas, verdaderos ex-chilenos ellos que se olvidaban de Chile con voluptuosidad, con verdadera fruición. Un día llegaba uno de ellos y me decía: «Ya nadie me toma por extranjero: hablo el español como madrileño». Y hasta sus ojos se reían de contento. Vestíamos como españoles, hablábamos como españoles, a tal punto que, una vez, un español agriado, maldiciente, nos dijo: «No sé cómo ustedes, ciudadanos de la libre América, sanos y optimistas, se empeñan en parecer frutos decrepitos de esta vieja España, de adonde nosotros mismos huímos para renovarnos.»

El español es un español con toda la fuerza de españolismo en todas las manifestaciones de la vida desde que nace, cuando crece, cuando se educa, cuando estudia. Es español todo lo que ve, todo lo que captan sus sentidos blandos o en etapa de madurez, es español. Lo extranjero repugna al espíritu castizo. Echegaray, un poco sarcástico, preguntaba a Gómez Carrillo: «¿Qué novedad espatarrante se trae usted de esos señores franceses?» La frase de Echegaray, perpetuada en las memorias del finado escritor guatemalteco, es símbolo del patriotismo hispano hermético.

Yo nací en Valparaíso, donde me compraron los juguetes de Navidad en la casa Burmeister; las galletas en la casa Huckle; los trajes en la Casa Francesa; los dulces en la casa Klugist; nuestros colegios fueron el Mac-Kay, los Padres Franceses y el Liceo con profesores chilenos y alemanes; nuestros amigos, nuestras *pololas* tenían nombres cosmopolitas. Yo leía en mi infancia *La Lidia*, *Barcelona Galante* y *Madrid Cómic*; otras veces leí *The Graphic* a que estaban suscritos en casa; tuve institutriz inglesa. Luego recuerdo que llegó *Cacheta*, un torero que hizo revolución en el puerto; se llamaba pomposamente don Leandro Sánchez de León. Asistimos a la zarzuela de Zapater y la Celimendi; el drama era español. Cuando uno se educa así puede decir que se ha educado en *Anodinia*. No sabe ni de dónde es. Debo decir para subrayar estas líneas que esos juguetes que nos compraban para Navidad iban generalmente colgados de las ramas de un pinito todo nevado y nos decían que lo llevaba San Nicolás, un vejete de barbas blancas cubierto de capuchón, como que Navidad es invierno crudo, en *Europa*... Hasta esa fiesta que tan profundamente se graba en los cerebros blandos tenía todas las características, tenía todo el sabor, toda la poesía del clima diametralmente opuesto a aquel que gozamos en la misma época en nuestra tierra.

De esta manera no es raro que uno se pregunte a veces: ¿De dónde seré yo, señores? Cuando llegué a España, yo confieso que creí encontrar un pasado. Era un pasado nunca vivido y, sin embargo, de una fuerza avasalladora. Eran las Navidades con nieve de los cuentos de Calleja, de los juguetes de Pascua de las zarzuelas; eran las calles de los dibujos de Branga; eran *Cacheta*, el *Madrid Cómic* y *Barcelona Galante*; eran todo y no eran nada, puesto que nosotros somos de aquí. De esta manera yo me excuso como escritor de mi posible imperfección. Hace días un crítico muy sagaz en una revista de Concepción decía que se resistía a leer mis libros mientras no tuvieran bajo el título la mención *edición definitiva*. Muy justo. Yo lo comprendo. Pero sea humano ese crítico: recuerde que yo nací en Valparaíso y que el idioma no tuvo en mi espíritu esa fuerza avasalladora de pene-

tración e impregnación que tiene para los niños de las naciones ya formadas, de las naciones de Europa, como España, que cité de ejemplo. Yo escribo como americano, escribo el lenguaje de aquí, lo más sincero, por cuanto no soy más que un hijo del puerto. Nací mirando mil cosas sin abarcar ninguna, en esa forma perfecta y amorosa que reclaman. Soy americano: soy imperfectamente y superficialmente enciclopédico. No es raro que en nuestra América no se haya producido aun esa flor, esa quinta esencia de cultura que se llama el sabio. Yo sostengo que Bello no fué americano, sino más bien continuación del espíritu de Las Casas, es decir, educador, formador del territorio conquistado y colonizado.

En cuanto a Rodó, ¿qué decir? Era muy retórico, muy perfecto para ser americano, para ser barro de este Génesis. Además, no olvidemos que murió en Italia.

Sarmiento, salvaje, retador, revolucionario de temperamento, sí que es nuestro; es el primer genio suramericano.

Valparaíso es un puerto todo indicado para producir ex-chilenos. Antonio Vico en sus memorias acusó a Valparaíso de dar casi tanta importancia al inglés como al español. En efecto, mi ciudad natal es bilingüe. Víctor Hugo declaraba que el verdadero escritor no debiera hablar más que su propio idioma. Lo mismo escribió el autor de *Os Maias*. Le parecía a Eça de Queiroz que la fuerza racial se nota en la dificultad para pronunciar los idiomas extranjeros. Esto se nota mucho en España. La palabra *champagne* que viene una que otra vez en

el drama o la comedia no sale airosa de labios españoles. No han podido darle esa jugosidad o espuma de la gue y la ene. Dicen *champán*, palabra seca, grave, sin burbujas. El pueblo de París dice de alguien que habla mal el francés: *Il parle comme une vache espagnole*.

En España concentran el espíritu; en Valparaíso lo dispersamos. Somos irremediablemente enciclopédicos y cada escritor tiene la tizona al pie y el caballo ensillado al frente, como Ercilla y Oña. La casa no está bien terminada todavía. Si en Chile alguien escribiera con mucha retórica o preciosismo no reflejaría el medio... y casi sería un traidor.

Gómez de la Serna, Pío Baroja, hablan un francés horrible. El filósofo Ortega y Gasset entiende el alemán; pero lo habla mal; cuando fué a Alemania ya estaban impregnadas su lengua y su memoria del idioma nativo. Además, el aprender idiomas es costumbre nueva de los literatos hispanos. Pérez de Ayala habla algo de inglés, francés e italiano, pero en iguales condiciones que los antedichos escritores: es decir, aprendió esas lenguas superficialmente y cuando ya era fruto de España, zumoso, formado cual naranja de Valencia. El mismo entusiasmo que se le nota para citar frases en inglés o francés, prueba la novedad de esos conocimientos.

Nosotros los chilenos damos igual importancia a las lenguas extranjeras que a la nacional por lo mismo que nos sentimos algo de todas partes. Algunas familias pudientes van a Europa con la intención deliberada de olvidar el español, y se manifiestan felices si pueden decir que sus hijos ya hablan nuestro idioma con *acento* y error.

J. Edwards Bello

Ni superiores ni inferiores, diferentes

=De Universidad. Bogotá=

EN la bella conferencia de don Luis Cano, pieza de sólida estructura, valerosa y digna de ser conservada en la memoria de las gentes; tuvimos el placer de escuchar dos párrafos que en nuestro concepto encierran una verdad fundamental, pero que acaso sean susceptibles de interpretaciones peligrosas. Dicen así:

«Somos nosotros mismos quienes nos imponemos esas limitaciones, y nos las imponemos con asombro y desagrado de la gran mayoría de la población ilustrada e independiente de aquel país, que no es grande principalmente por su extensión territorial y por su asombroso poderío económico sino por su moral austera y por su devoción democrática, por su espíritu de justicia y por el respeto que le inspiran la propiedad y la libertad ajenas. Nos imponemos aquellas limitaciones ofensivas para nuestro decoro y contrarias a nuestros intereses, no en beneficio del pueblo americano sino en provecho de una minoría de traficantes internacionales que con frecuencia y por desgracia se sustituyen a la verdadera opinión pública de los Estados Unidos, y le dan a su gobierno una fisonomía odiosa de empresa industrial, pero que no han tenido nunca el beneplácito ni tendrán jamás el apoyo de ese pueblo para sus propósitos imperialistas.

»En los Estados Unidos un ochenta por ciento de la población no sabe que Panamá perteneció alguna vez a Colombia, y con excepción de un escaso centenar de personas, todo el mundo ignora allí que fue el capitán Flanagan quien obligó al senado americano a darnos por él veinticinco millones de pesos y nos obligó a nosotros a retribuirle ese servicio con una concesión

privilegiada que vale hoy en la bolsa de Nueva York cien millones».

La moral austera de la población saxoamericana es un valor muy discutible; pero no es nuestro ánimo ponerla aquí en tela de juicio. La moral de los políticos en cuyas manos está la dirección de ese enorme conglomerado de naciones no es discutible. La conciencia universal la tiene reprobada, y cada día son más irritantes las pruebas que suministra para escándalo de propios y extraños.

Esto no lo afirma la opinión de los extranjeros, sino la misma prensa americana, por medio de sus órganos independientes. El señor Coolidge vino a ocupar casualmente la presidencia con una reputación de inteligencia opaca, pero de carácter incorruptible. El señor Coolidge al abandonar el solio de Washington llevará en el rostro las sombras que en él han marcado los políticos profesionales de su confianza, y lo menos que de él ha de decirse, según lo prueban repetidos procesos judiciales y de la opinión pública, es que ha sido encubridor de sus mismos agentes. La política de los Estados Unidos saxoamericanos, especialmente la que atiende a la dirección de las relaciones exteriores, está dirigida por el senado, y en concepto de saxoamericanos y de los que no lo son, no hay en Europa, ni en América, ni siquiera en Colombia, un cuerpo colegiado más consciente y descaradamente corrompido. Basta recordar las investigaciones hechas a la ratificación del tratado con Colombia.

De donde resulta esta dolorosa contradicción: las repúblicas americanas que se emanciparon de Europa en 1810, llegaron,

al cabo de más o menos decenios, a realizar un estado político de mayor libertad que el garantizado a los españoles por su propio gobierno, y sobre todo quedaba la administración española de Cuba para mostrar a los descontentos de Hispanoamérica que la independencia no había sido un esfuerzo inútil. Pero en el caso de Inglaterra y aquellos Estados Unidos, no hay lugar a dos opiniones sobre el particular. Canadá es una nación donde los ciudadanos gozan de mayor libertad que los de la república colocada inmediatamente al sur gozan en la suya. Australia, Sud Africa son países cuyos ciudadanos viven en uso de mayor libertad que los saxoamericanos en el suyo. Esto parece una mera curiosidad literaria, pero es la verdad. Políticamente aquellos Estados Unidos viven en lamentable atraso, comparados con otras naciones de Europa y América. No se comprende cómo pretenden hacer de árbitros en cultura política a lo largo de un continente donde existe y prospera la república del Uruguay, mil veces más civilizada políticamente que la república de Washington. Y ese atraso político se debe especialmente a la institución del senado saxoamericano.

Ante una aseveración de esta clase, los lectores desprevenidos se preguntan, sin duda, cómo es posible que al través de los años y las generaciones se conserve una corporación formada por elección popular con caracteres de tan repugnante impureza. Pero ocurre que el senado de aquellos Estados Unidos fue creado determinadamente con ese fin. Washington, el padre de la patria, era un magnate; Hamilton, el evangelista de la república naciente, tuvo en mira la salud de los magnates. El senado se creó especialmente para asegurar y sostener los derechos, los privilegios y las ambiciones de esa parte mínima de la nación. Con ese objeto, después de definir las atribuciones de esa parte del cuerpo legislativo, marcaron y cerraron la constitución con los siete sellos del libro apocalíptico, escrito por dentro y por fuera. Para reformarla se necesita crear un estado de espíritu morbosos en la población. En ciento cincuenta y dos años ha sido enmendada diez y nueve veces. Una de estas enmiendas se refirió a la elección de senadores por medio del voto popular, reforma inocente, porque el sistema se había endurecido ya lo suficiente para admitir esas ligeras innovaciones en su estructura. Los métodos han avanzado de tal manera, que el senado es siempre la ciudadela de los privilegios: los bancos, las grandes empresas manufactureras, las compañías de seguros conocen perfectamente bien la trama de las leyes electorales y la manera como se puede pasar al través de ella.

Pero, se dirá: «¿qué nos importa a nosotros ese sistema de corrupción? Allá ellos.» Nada tendríamos, en efecto, que ver con ello si no diera la circunstancia de que es el senado quien rige las relaciones exteriores de aquella república. Por una fatalidad económica, los Estados Unidos saxoamericanos han empezado a buscar mercados exteriores hace cuarenta años, en competencia con los países manufactureros de Europa, y del fin de la guerra a esta parte han activado con cierto espíritu de agresividad esa búsqueda, complicándola especiosamente con la necesidad de darle colocación en estos países a un exceso de numerario, obtenido por la explotación de la guerra. En otro tiempo Inglaterra mandaba sus hijos a tierras de

infieles con la biblia debajo de un brazo, los géneros de algodón bajo el otro y el whisky como elemento social de grande importancia. Si no recibían los gentiles la biblia, recibían whisky; si se negaban a comprar la muselina barata, solía terminar ese inexplicable desdén de la manufactura británica por ocupación del territorio. Mas no se vio nunca que los ingleses forzaran a un pueblo libre o que se creía tal a tomarles dinero prestado. Es lo que hacen la moral austera, el espíritu de justicia y la devoción a las ideas democráticas de la república sublime. Indudablemente la casa blanca no tiene interés en que se hagan préstamos a repúblicas insolventes y débiles; pero los magnates de la banca y de la industria lo desean y lo necesitan urgentemente. Es así que el senado es una creación de estas unidades, según el sistema, y es así que la casa blanca há menester vivir en entendimiento con el senado, luego es humano que la casa blanca use de la marina, de la aviación, de los gases asfixiantes y de las bombas explosivas para forzar a repúblicas turbulentas, o mal gobernadas, o con buen gobierno, a que reciban los empréstitos ofrecidos por Wall Street y con las condiciones que le parezcan más satisfactorias al prestamista. La austera moralidad del pueblo saxoamericano y el puritanismo del señor Coolidge no han impedido que se señalen por la secretaria de estado las naciones a las cuales se les puede conceder empréstitos con la seguridad de que las fuerzas combinadas de las fajas y estrellas se emplearán adecuadamente para cobrar los intereses en caso de demora o repudiación, que todo es posible. Algunos estados saxoamericanos han repudiado sus deudas bajo la protección del gobierno federal. Naturalmente, en casos como éste la austeridad moral del pueblo americano y su devoción al principio democrático sirven para justificar una actitud contraria. La casa blanca los defiende, porque así se lo impone la constitución federal.

Es también otra fatalidad que aquellos Estados Unidos han sido desde su advenimiento al concierto de las naciones una entidad absorbente y conquistadora. Quieren engrandecerse por toda clase de procedimientos. Cuando se puede comprar, compran. Alaska, Louisiana, la Florida, las Islas Virgenes, fueron objeto de negociaciones limpias. Los habitantes de esas comarcas pasaron a ser ciudadanos de la Unión. Como en otros tiempos, en Europa, los monarcas permutaban tierras con hombres y ganados. Tejas se obtuvo por medio de una prestidigitación iniciada por las apariencias de una secesión voluntaria de México. Colorado y Nuevo México, Puerto Rico y Filipinas fueron captura bélica; la zona del canal, Hawai y otras adquisiciones milagrosas aparecen bajo la forma de «dependencias». La capacidad adquisitiva es más vigorosa que el poder de asimilación. Para justificar estas depredaciones siempre hay un pretexto. Hoy es la seguridad del canal. Cuando la anexión de Tejas y la captura de Nuevo México, no se pensaba en la excavación de vías interoceánicas. Es una fatalidad, ya no económica, sino de expansión.

En esto se diferencian la república saxoamericana y la genuina latinidad de este continente. Un solo caso de anexión violenta se cuenta entre nosotros, y él representa una herida que rehusa cicatrizar en el flanco del continente. El sentimiento justiciero y la devoción de la raza a los principios de equidad van a resolver esa intrincada controversia pacíficamente al cabo de cincuenta años. En el sur hay naciones poderosas en comparación con sus vecinas, contra las cuales han podido ejercer el ímpetu de sus ambiciones, si las hubieran tenido.

El Brasil habría podido desmembrar a sus vecinos con la misma facilidad que aquellos otros Estados Unidos. En la guerra del Paraguay, la república vencida conservó su territorio intacto. A la sola sospecha de conatos de anexión, el gobierno de Colombia pasó a los aliados una nota de protesta contra tales propósitos, en la cual invocaba como principio americano «el derecho de los pueblos a disponer de sus propios destinos.» La misma frase con que engalanó Wilson sus famosos catorce puntos cuarenta y ocho años más tarde. Sólo que la actitud del gobierno colombiano, sincera y desinteresada, coincidió con la voluntad de los vencedores, por cuya mente no había pasado el pensamiento de la anexión, en tanto que la frase de Wilson se perdió en la maraña de malos propósitos y de tremendas intrigas procedentes del mismo centro cuyas intenciones y prácticas ya hemos analizado. No era posible que el Senado de Washington suscribiera el principio de que Puerto Rico, Filipinas, Santo Domingo, Haití, las islas de Hawai, la América antillana y caribe toda entera tienen el derecho indiscutible de disponer de sus propios destinos.

Es verdad que un ochenta por ciento de la población saxoamericana ignora que Panamá perteneció alguna vez a Colombia. Si se dijera que la proporción de ignorantes acerca de ese punto es del noventa y cinco por ciento, no habría exageración en el cómputo. En los tests que se hicieron durante la guerra para averiguar la erudición histórica de los soldados, alguno dijo que Napoleón era un general alemán, conquistador de Alsacia-Lorena. Pero esa gente, para la cual Panamá no es más que una faja de tierra donde hay un canal perteneciente a aquellos Estados Unidos, no es la que gobierna en su patria, ni mucho menos la que dirige las relaciones exteriores. Entre el cinco por ciento restante están los capitanes de la finanza y de la industria, los prestamistas oprimidos por la abundancia de numerario, toda la hueste representativa de los grandes intereses que dominan al senado y por medio de esa corporación a la casa blanca.

Todo esto es sabido en América y ha sido analizado en sus causas y efectos por estadistas de estirpe latina y por periodistas independientes de la Unión saxoamericana. ¿Para qué se repiten en esta coyuntura? Tan sólo para hacer presente que los ideales y prácticas de ese pueblo son completamente distintos a los acariciados y seguidos por los pueblos latinos de este continente. La Argentina, verbigracia, ha dado con los pueblos limítrofes, especialmente con aquellos a quienes escudan sus escasos medios de defensa, ejemplo de longanimidad y desprendimiento en sus diferencias sobre fronteras. Colombia no ha perturbado la conciencia de sus vecinos con pretensiones territoriales immoderadas. Ha cedido con frecuencia y ha litigado sin arrogancia.

Somos, pues, diferentes de aquellos Estados Unidos: ni inferiores ni superiores a ellos: diferentes. Nosotros no pretendemos imponerles a ellos nuestras nociones de cultura. Ellos pretenden empobrecer la civilización en cuanto consideran como gente inferior a quienes tienen por oráculo principios más antiguos o más modernos que los invocados por la diplomacia del dólar. En tales circunstancias, una lógica elemental dispone que guardemos con ellos las relaciones diplomáticas señaladas por la cortesía y la ley de las naciones, tratando de evitar aquella peligrosa intimidad que a su tiempo suele resultar en desagradables incidentes, como la separación del istmo, la derogación de los famosos decretos sobre la propiedad del subsuelo, la firma del contrato sobre oleoducto y sus humillantes e ignominiosas consecuencias.

Mercurio Peruano

*Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras*

Director: VÍCTOR ANDRÉS BRILAUNDE.

Número suelto..... UN SOL

Apartado N.º 176. Lima Perú

B. S a n í n C a n o



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Ictiología costarricense

III.— Véanse las entregas 23 del tomo XVI y 5 del tomo en curso.



Brachyrhaphis terrabensis. (Regan)
Aumentada en $\frac{1}{3}$ del tamaño natural

B. C. A.

DE las 15 especies de mojarra colectadas en Costa Rica, doce pertenecen a la vertiente del Atlántico y seis a la del Pacífico, de manera que tres solamente son comunes a uno y otro lado del país. Hay, sin embargo, que tener en cuenta que la región Oriental ha sido mejor explorada que la Occidental desde el punto de vista ictológico.

El lugar más alto en que hemos colectado mojarra es Turrialba, a 625 metros sobre el nivel del mar, y aunque se citan Tucurrique y Juan Vinas como localidades probables, es posible que se trate de las márgenes del Río Reventazón, y en tal caso las mojarra llegarían apenas a los 700 metros de altitud. En cambio, las sardinas suben a más de 900 metros sobre la Quebrada de las Cañas, al Este de Alajuela. Los barbudos ascienden a mayor altura de mil metros y las olominas y los Rívilus llegan a los 1500, sobre las lagunas de Ochomogo, que constituyen el lugar más alto de nuestra meseta central, donde las aguas se dividen para deslizarse por una u otra vertiente, siguiendo la cuenca del Reventazón hacia el Este, o los afluentes del río Grande de Térrab y los afluentes del río Grande de Térrab, que corre en dirección opuesta para morir en el Golfo de Nicoya.

De las 14 especies de olominas costarricenses, conocidas, ocho viven al Este, y diez en la vertiente del Pacífico, de manera que sólo cuatro especies habitan a uno y otro lado del país. Todas ellas son vivíparas y pertenecen a la Familia Poeciliidae, pero hay dos que son ovíparas: los Rívilus que viven en las mayores alturas, y los «Ojos Blancos» moradores de las aguas salobres en la costa del Pacífico, sobre los ríos influenciados por la marea creciente.

Los peces restantes de Costa Rica pertenecen a familias marinas, en las cuales hay algunas especies que se han habituado a vivir en aguas fluviales, y otros, como el Robalo, propios del agua salada, pero que suben por el cauce de los ríos hasta algunos kilómetros de su desembocadura.

La fauna marina tropical es tan numerosa, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, que su enumeración sería interminable; algunas especies marinas entran en los ríos en busca de alimentos o durante la época del celo, pero no deben considerarse como peces de agua dulce, ni podrían someterse a la observación biológica detenida en nuestros acuarios escolares. La familia Siluridae tiene representantes en todos nuestros ríos, y algunas especies como los Bagres y Cu-

minates que nunca salen de las aguas salobres de los esteros y desembocadura de los ríos, subiendo por ellos hasta donde llega la marea creciente nada más.

Muchos de los peces marinos son comunes a ambos mares, pero otros pertenecen exclusivamente a los golfos y bahías de una u otra región.

Con respecto a los peces pequeños de agua dulce que pueden subir por los arroyos hasta las altiplanicies donde se dividen las aguas durante la estación lluviosa, especialmente en setiembre y octubre, es natural que se hallen en ambas vertientes. Hay además, la correlación de especies congénicas, como se ha observado en otros grupos de animales y plantas, marcando la cordillera central dos faunas y floras bien determinadas.

Las olominas que viven en las aguas dulces, templadas, de la vertiente del Pacífico pertenecen en su gran mayoría al género *Brachyrhaphis*, y se reconocen fácilmente por tener las escamas bordeadas de negro sobre fondo color de aceituna; para mayor atractivo de ese traje reticulado, tienen a trechos rayas negras verticales que forman un adorno de encaje precioso, semejante a la mantilla española.

La *B. terrabensis* (Regan) tiene 30 escamas en línea longitudinal de costado; 12 a 14 radios en la aleta dorsal, cuyo origen equidista entre la trompa y base de la cola; la aleta anal de la hembra tiene 9 ó 10 radios y comienza en la línea vertical que baja del centro de la dorsal; ésta está manchada de puntos negros en la base de sus radios y tiene una segunda línea paralela de puntos más pequeños al centro. Sobre la línea media, a cada lado, presenta una franja longitudinal, interrumpida a trechos, de manchas negras, desde el opérculo hasta la base de la cola. Habita en la cuenca del río Grande de Térrab y es conocida desde hace más de veinte años.

Hay otra especie de este género en la vertiente del Pacífico, Esparta, Orotina, Turrubares y Escobal, la *B. rhabdophora* (Regan) procedente del río Grande de Térrab y faldas del volcán Tenorio, que se ha confundido quizá con la *B. olomina* (Meek), propia de las cercanías de Alajuela, a 900 metros de altura sobre el nivel del mar. Sin embargo, la *B. rhabdophora* que se halla en las aguas templadas y a menos de 400 metros de altitud, es de mayor tamaño tanto en las hembras como en los machos; su colorido es mucho más in-

tenso, y presenta barras verticales, que no aparecen en la especie de la quebrada de las Cañas. Además, hay un tinte de carmín constante en la aleta anal de las hembras, y los machos tienen la cola terminada por un borde amarillo de oro. Esos detalles de colorido desaparecen en los ejemplares conservados en alcohol o formalina, y si ellos constituyen caracteres específicos, las tres formas de la vertiente Occidental de Costa Rica tendrán que perdurar; en caso contrario, la *B. terrabensis* (Regan) ocupará la prioridad científica que por derecho le corresponde y de la cual parecen tener origen las dos especies posteriores.

Al lado del Atlántico tenemos *B. parismina* (Meek) bien caracterizada por tener una mancha negra grande, de bordes claros en la base de la aleta caudal que le da el aspecto aparente de un Rívilus; su tamaño mayor alcanza 55 milímetros apenas, y procede, como su nombre lo indica, del río Parismina. Se dió a conocer en 1912: su color es oliváceo, oscuro, con aleta dorsal doblemente punteada de negro, como en la forma del Pacífico; en la base de la aleta anal tiene una mancha negra, grande. Su cuerpo es alargado, ligeramente comprimido, con la parte superior de la cabeza plana; la boca es pequeña con la mandíbula inferior saliente y el labio superior protractil. El número de huevos, medio incubados, en el abdomen de una hembra era de trece, lo que parece indicar partos de una docena de olominas por término medio.

Sucede con frecuencia que al recoger olominas vivas para el acuario, cuando llegamos a la casa aparecen en el tanque de transporte muchos ejemplares pequeños que han nacido de camino. Debe tenerse el cuidado de cubrir con tela de gasa o de alambre los pequeños depósitos de agua donde se conservan peces para estudio, pues casi todos saltan y no es raro perder ejemplares interesantes que han costado mucho trabajo colectarlos. Es verdaderamente admirable la resistencia de estas pequeñas criaturas, que se tiran fuera del agua y caen de metro y medio de altura, sobre un pavimento cimentado, sin matarse: cualquier otro animal, que no sea una pulga, que caiga de una altura igual a 30 veces el largo de su cuerpo pierde la vida con seguridad; sin embargo, los peces que hemos recogido del suelo en casos semejantes siguen viviendo muy tranquilos; es cierto que no repiten sus tentativas de evasión, pero tampoco le avisan a sus compañeros de lo infructuoso de tales empeños, como lo harían seguramente las hormigas.

Se recomienda, además, colocar plantas acuáticas en los acuarios pequeños, porque ellas facilitan el criadero de muchos animalillos de que se nutren los peces; son un abrigo contra la luz excesiva y contra el calor intenso; constituyen un refugio contra la persecución de sus enemigos y un asilo para la prole. Cuando encontramos el remanso de una quebrada con algas, lechugas o lirios de agua, podemos estar seguros de que nuestra red de pescar sacará de allí muchas olominas.

Poeciliopsis pittieri (Meek) Esta especie procede de las llanuras de Santa Clara: La Junta, Parismina, río Molino y Guápiles. La hembra alcanza 7 centímetros de largo total; en una que apenas llegaba a 6 centímetros, observamos 118 olominas bien desarrolladas en el abdomen y cuatro huevos de color amarillo de ámbar. El color general es aceitunado, con las escamas ligeramente ribeteadas de negro, que forman rombos en los ejemplares conservados en formalina y aparecen como sombras verticales en los peces vivos del acuario. Tiene los ojos negros, con una sombra oscura proyectada hacia abajo, cual si fueran artistas que ampliasen artificialmente sus órbitas para dar mayor atractivo a sus

grandes ojos de azabache. Los opérculos y toda la mitad inferior del abdomen tiene un tinte de nácar, con una mancha de bronce y otra negra a cada lado del abdomen, entre las aletas pectorales y la anal de las hembras. La aleta dorsal es semi-ovalada, con el borde superior teñido de negro. La caudal es larga y ancha, bañada en amarillo de limón, especialmente en los machos; las aletas inferiores son hialinas. El macho tiene los tres primeros radios de la aleta anal soldados, con la punta volteada hacia abajo, y tan largos que llegan al nacimiento de la cola; por una fuerte contracción de los músculos pectorales pueden voltear ese órgano eyaculador hasta la base de las mandíbulas. El cuerpo tiene conformación de rombo alargado, con la cabeza y boca pequeñas, formando el ángulo anterior; podría tirarse una línea recta por encima, desde el labio superior hasta la terminación de la aleta dorsal, cuando ésta se halla naturalmente tendida.

Esta especie se mantiene bien en cautiverio con banano maduro, confervas y pedacitos de aguacate, que parecen favorecer sus actividades genitales.

Poeciliopsis retropinna (Regan). La especie congénica del Pacífico procede de las cercanías de Boruca: es conocida desde hace veinte años y de ella se conserva una hembra solamente en las colecciones del Museo Británico. En su coloración se parece a la especie anterior; es un poco más grande, tiene 30 escamas en la línea longitudinal del costado, 9 radios en la aleta dorsal y 10 en la aleta anal de la hembra; el origen de esta aleta ocupa el centro inferior del cuerpo, incluyendo la cabeza y

la cola; esta última es de forma circular, o redondeada.

Si tuviéramos que clasificar los peces desde el punto de vista artístico, el género *Poeciliopsis* ocuparía el primer lugar, por su forma esbelta y graciosa: de cuerpo angosto, cabeza pequeña, grandes ojos negros, amplias aletas transparentes, de movimientos aristocráticos, que hacen lucir en el agua cristalina los más suaves matices de la concha perla, desde el azul ultramarino hasta los reflejos irisados del ópalo.

En su régimen alimenticio son vegetarianos, nada glotonos, ni pugnaces: para comer estiran suavemente los labios, como si trataran de besar el alimento antes que devorarlo; por eso habitan los riachuelos y fuentes tranquilas, donde la paz de la Naturaleza tan sólo permite la entrada a los rayos del sol. Cuando el agua de la pecera se enturbia, por falta de renovación, o porque la temperatura sube a 20 grados, estos pececitos afloran a la superficie y se entretienen cogiendo burbujas de aire para soltarlas luego, como lo harían los niños con bombas de jabón en sus ratos de fastidio.

Hay además en Guápiles, a 260 metros de altitud, otras dos especies de este género: *P. isthmensis* y *P. maculifer*, descritas por los ictiólogos C. T. Regan y H. W. Fowler respectivamente, y aun pudiera resultar una quinta forma de los ejemplares colectados hace pocos meses en el valle de San José, a 1200 metros de altura sobre el nivel del mar; pero las diferencias son tan pequeñas, en la separación específica de este género, que apenas podrían consignarse, con provecho para los especialistas, en una monografía particular.

Anastasio Alfaro

San José, Costa Rica.

Tablero

=1928=

El Cubano Libre, benemérito del periodismo antillano, que fundara Carlos M. de Céspedes en 1868 y que Maceo reeditara en 1895, ha reaparecido en estos días. En La Habana, Empedrado 42. A la nueva redacción se han incorporado valores como Mariblanca Sabas Alomá, la buena amiga, Armando Leyva, Virgilio Ferrer Gutiérrez y otros... Es hoja nacionalista cubana y con los arrestos del caso. Con simpatías vivas la saludamos. En la buena tradición se han situado nuestros amigos. ¡A trabajar por Cuba, pues!

Etimologías.—*Agonía*, en el sentido clásico de *lucha*.—Cita de *Gabriel Alomar*.

Considerando la acción excitadora como la más característica, Starling ha llamado a la sustancia básica de la secreción interna *hormona*, lo *incitante*.—Cita de *J. Ortega y Gasset*.

La Revista de Educación, que dirige el señor Luzarriaga en Madrid, y con tanto acierto, saca unas obras pedagógicas de mucho interés. Creemos que podrían ser útiles a los maestros de Costa Rica. Hemos pedido 2 ejemplares de cada una de ellas para la venta.

Helas aquí, con sus precios.

Serie LA NUEVA EDUCACIÓN, a **¢ 1.50** c/u.

El Método Montessori, por Leonor Serrano.

El Plan Dalton, por Fernando Sáinz.

La autonomía y libertad en la educación, por Luis Santillano.

El método de proyectos, por Fernando Sáinz.

La cooperación en la escuela, por Antonio Ballesteros.

Concepto y desarrollo de la nueva educación, por Lorenzo Luzarriaga.

De la serie LOS LIBROS DE LA ESCUELA, a **¢ 1.50** c/u.

El Libro de Tierra, por Juan Dantín Cereceda.

El Libro del Idioma, por Lorenzo Luzarriaga.

El Libro de la Vida, por Enrique Rioja.

De la serie LA PEDAGOGÍA CONTEMPORÁNEA, a **¢ 0.75** c/u.

Kerschensteiner: *El problema de la Educación Pública*.

G. Wyneken: *Las comunidades escolares libres*.

Mía. Montessori: *Ideas generales sobre el método*.

T. Dewey: *El niño y el programa escolar*.

O. Decroly: *La función de globalización y la enseñanza*.

E. Claparède: *La escuela y la psicología experimental*.

W. Stern: *La selección de los alumnos*.

De la serie PROGRAMAS ESCOLARES, a **¢ 2.25** c/u.

Historia, por Félix Martí Alpera.

Aritmética, Geometría y Trabajo Manual, por Félix Martí Alpera.

Lengua española, por Félix Martí Alpera.

Doctrina cristiana, Moral, Hia. Sagrada, por Félix Martí Alpera.

Nociones de ciencias físicas, químicas y naturales, por Félix Martí Alpera.

Geografía, por Félix Martí Alpera.

De la SERIE ESCOLAR, a **0.75** c/u.

La escuela unitaria, por Fernando Sáinz.

Bibliotecas escolares, por Lorenzo Luzarriaga.

Museos y Exposiciones escolares, por José Xandri Pich.

La escuela graduada, por Antonio Ballesteros.

Decoración escolar, por Pedro Chico.

El material de enseñanza, por Vicente Valls.

Preparación y ejecución del trabajo escolar, por Eladio García.

Examen y clasificación de los niños, por A. Rodríguez Mata.

Distribución del tiempo y del trabajo, por Antonio Ballesteros.

El programa escolar, por Pedro Sáinz.

De la SERIE METODOLÓGICA, a **¢ 0.75** c/u.

Cómo se enseña el Idioma, por Félix Martí Alpera.

Cómo se enseña el Dibujo, por Víctor Masriera.

Cómo se enseña la Geografía, por J. Dantín Cereceda.

Cómo se enseña la Historia, por Teófilo Sanjuán.

Cómo se enseñan los Trabajos Manuales, por José Montúa Imbert.

Cómo se enseña la Economía Doméstica, por Rosa Sensat.

Cómo se enseñan las Ciencias Físico-químicas, por Modesto Bargalló.

Cómo se enseña la Aritmética y la Geometría, por Margarita Comas.

Cómo se enseñan las ciencias naturales, por Enrique Rioja.

Cómo se enseña el canto y la música, por Rafael Benedito.

De la BIBLIOTECA PEDAGÓGICA:

Otto Lipman: *Psicología para Maestros*

..... **¢ 5.00**

W. A. Lay: *Manual de Pedagogía* **5.75**

Etimologías.—*lavé* (Jehová), *el que es*. Cita de *J. Pijoán*.

Los antiguos hebreos les llamaban *nabís*, palabra de dudoso significado, pero que tal vez quiera decir: *el que habla*; nosotros usamos la voz griega *profeta*, que significa *el que habla por otro*.—Cita de *J. Pijoán*.

Por algo Utopía quiere decir el país sin tierra...—Cita de *Luis de Zulueta*.

Los nombres de sus principales ciudades son semíticos: Sidón, por ejemplo, quiere decir *pesquería*; Tiro viene de la palabra fenicia *Tsor*, que quiere decir roca.—Cita de *José Pijoán*.

The Nation, la gran revista liberal de los Estados Unidos, nos dice:

The Nation

20 Vesey Street

New York

August 17, 1928

Repertorio Americano

San José, Costa Rica

Gentlemen:

We are instituting a especial service of information on Latin-American countries, and should very much like to be put on your exchange list. May we hear from You?

Sincerely yours,

ANITA BRENNER

Con mucho gusto incluiremos *The Nation* en la lista de canjes del *Rep. Am.* De lo que saldremos gananciosos; de ello estamos tan seguros.

A propósito de *The Nation*, acogemos estas palabras de Sanín Cano, publicadas en uno de los números pasados de *Universidad*, el excelente semanario de Bogotá:

«El maestro Vasconcelos, cuya misión de educador admira con nosotros el continente y cuyas prendas de ilustración e inteligencia constan en los anales de la agitada vida moderna, ha tenido una flaqueza, rara en su generosa comprensión y en sus virtudes de ciudadano del mundo.

»El maestro Vasconcelos se ha dejado decir que *The Nation*, de Nueva York, es la hoja semioficial del gobierno de Méjico. Há pocos meses William Randolph Hearst, cuyas actuaciones como periodista, del punto de vista ético, son inferiores al desdén, publicó en Nueva York una serie de documentos encaminados a mostrar cómo varios senadores de Washington y algún semanario neoyorkino recibían dinero de Méjico para hacer bien en sus diversas esferas a la administración de este país. Hearst fué llevado ante los tribunales de la opinión pública y de la justicia, donde confesó que él tenía por apócrifas las cartas publicadas, que no le eran desconocidos los precedentes del sujeto a quien las había comprado y que no ignoraba que de esa clase de documentos se hacía tráfico fraudulento en la ciudad imperial. El semanario a quien quiso referirse Hearst fue *The Nation*; pero, con toda su desfachatez, este hombre no se atrevió a nombrarla para evitarse las peripecias y la ignominia segura de un juicio por calumnia. Seguramente el maestro Vasconcelos no se basa en estos rumores para acusar a *The Nation*. Para nosotros es un deber aprovechar la ocasión para rendir tributo de gratitud a uno de los órganos más dignos de la prensa americana, en cuyas columnas siempre resonó a tiempo la frase justa y altiva que era necesario escribir para defender a Hispanoamérica contra la codicia oficial o privada de los saxoamericanos».

Costa Rica y la Liga

Al responder a la invitación del presidente del consejo de la liga, el gobierno de Costa Rica, la libre y simpática nación centroamericana, ha declarado que no ingresará a la Liga de las Naciones mientras no se haya interpretado en forma definitiva la famosa Doctrina Monroe.

Como es sabido, en el artículo 21 del convenio constitutivo de la Liga se hizo mención de la Doctrina Monroe como de un pacto internacional libremente negociado, con la aquiescencia inconsciente de los delegados latinoamericanos que asistieron al Congreso de Versalles. Desde entonces Costa Rica manifestó su inconformidad con esta constancia y no quiso ingresar a la sociedad de las naciones por este motivo. No hace muchos días el delegado argentino en la comisión de seguridad hizo una declaración semejante que fué muy comentada.

La Doctrina Monroe no ha sido definida ni expuesta nunca en toda su extensión. Los postulados que le dieron origen son algo muy distinto de lo que hoy se designa con este nombre. En todas las conferencias panamericanas se ha intentado discutir este asunto sin que se haya podido, por la oposición de los Estados Unidos, y otro tanto se ha sucedido en las asambleas y comisiones especiales de la liga.

La actitud de Costa Rica debería ser apoyada por los gobiernos de todos los países de Hispanoamérica interesados en que la Doctrina Monroe se defina claramente, de una vez por todas y no se siga tomando como pacto una declaración unilateral.

(*El Espectador*, Bogotá).

La fiesta de San Isidro Labrador

=De Lecturas Dominicales. Bogotá=

AL coronar la cuesta que separa el llano de Culatama del vallecito de Cucunubá, se sorprende el viajero con el paisaje más bello del mundo. Una pequeña laguna señorea la cuenca, rodeada de sauces que se miran en su transparente linfa. Recostada contra el cerro está la iglesia pintada a cuadros de ocre rojo y la baranda verde manzana de la casa cural: al pie, la plaza de la feria dominical, atestada de bueyes y borricos cargados hasta más no poder con los frutos de una tierra pródiga. Las campanas se echaban a vuelo, pues era la fiesta de San Isidro Labrador, Patrono del pueblo.

Los alférez, con pañuelos de «rabo de gallo», atados en la cabeza en señal de su alta dignidad, ocultaban bajo las ruanas, gruesos atados de cohetes, para prenderlos a la hora de alzar. La circunstancia de ser el Padre Guantiva, Párroco del pueblo, primo de las primorosas hospedadoras de Culatama, me indujo a entrar a escuchar reverente la plática doctrinal del abogado de los cultivos.

El señor Párroco es un ejemplar selecto de la raza indígena pura, de los que en buena hora ordenó Monseñor Velasco, de grata memoria, quienes, aparte de Sagrada Teología, estudiaban humanidades y ciencias varias de otra índole en el Seminario conciliar.

Con mi sombrero chambergo sobre las rodillas me situé en el escaño fronterizo al púlpito y me hice todo oídos.

Así dijo el presbítero:

Omnia dei virtutem omnia dei sapientia.
(*Eclesiastes* Capítulo XXV, versículo 34).

Carísimos hermanos míos en el Señor:

Allí tenéis el retablo antiguo de San Isidro Labrador, con sus dos bueyes, zardo el uno y barcino el otro, uncidos al arado, en medio del barbecho. Levanta la diestra el Santo para bendecir la siembra próxima al acercarse las lluvias de Abril. Pidamos a Dois y a su madre Santísima que las vuestras sean fecundas en este año: *Ave María, gratia plena, dominus tecum.* (Recen el Avemaría).

No estéis pensando, hermanos míos, que la agricultura es cosa de soplar y hacer botellas; además del cacumen que tiene todo prójimo, es necesario añadir la observación de los astros y, como se dice vulgarmente, espiar los signos del tiempo y las manifestaciones de los animales que suelen ser más racionales que nosotros. Si croan los sapos, señal de lluvias, si vuelan los cucarrones, señal de sequía, si hay golondrinas, va a

haber ventarrones que tumban los trigos. Temblemos por las papas cuando se clavan entre los surcos los cucarrones, porque esos se convierten en chizas, las cuales roen las raíces del tubérculo y se tragan la semilla. En la época de las chisgas no sembréis trigo ni cebada, porque, aunque es bueno que los animalitos del aire se alimenten, es mejor que por los animalitos de la tierra no nos muramos de hambre; de aquellos cuida Dios. Para premunir los papales de la gota serena se requiere abonar la tierra con cal y arena; la cual mata el microbio y la arena afloja y aerea el terreno. Un abono muy bueno que se usa en Fontibón es el limo del río Bogotá que contiene los excrementos de la ciudad: los chinos compran estos despojos humanos en las grandes poblaciones del Celeste Imperio para regarlos en sus sembrados; pues ellos saben por experiencia que una libra de aquellas inmundicias equivale a un hectólitro de trigo.

Tengo que recomendaros especialmente en vuestras labores el modo como debéis tratar a los bueyes. San Isidro los consideraba como sus hermanos, hijos como nosotros del Supremo Hacedor. El buey, aunque sufrido y perezoso, entiende mejor por las buenas que por las malas: no les insultéis ni los puyéis injustamente, porque así se vuelven soberbios y socarrones: hay que animarlos con voces alegres y graciosas palabras, por ejemplo: «Upa! pintado! Arriba, cuernitorcido; derechito mis amigos; a la izquierda, barroso, a la derecha, azafrán! y así por el estilo».

Conocéis la estrella de la mañana llamada *el boyero*? Sale por detrás de la cordillera, titilante, de color azul, y, según me enseñaron en la escuela, es el *Alpha* de la costelación del Centauro.

Al salir el *boyero* deben sacarse los bueyes del corral donde rumian la mascada de hierba que recibieron de merienda la tarde anterior. Durante la mañana el ganado trabaja el doble que por la tarde, cuando apetece echarse a descansar y dormir. Al medio día por ningún motivo se deben uncir los bueyes al arado, porque se insolán, se enflaquecen, les acomete la enfermedad de la *huequera*, que consiste en que se les pudren los cuernos, y se mueren.

Tengo la pena de deciros que vosotros no conocéis sino cuatro cultivos de tierra fría: papa, maíz, cebada y trigo; cuando todos estos contornos son propicios para mil cultivos más por su feracidad y sus facilidades de riego, a causa de las numerosas pequeñas corrientes que se deslizan de los páramos vecinos hasta los valles ardientes de los ríos Suárez y Chicamocha, por estar

El recuerdo de Fray Luis de León

(Viene de la página 152).

nica del *Eclesiastés* desprende una emanación epicúrea que la posteridad ha resuelto en apelación a una consoladora vitalidad más alta, así el dulce epicureísmo horaciano de Fray Luis pudo resolverse en su aspecto místico. Si entre sus composiciones poéticas hay algunas en que se note, aunque lijera-mente, la influencia salomónica, es la titulada *De la vida del cielo*, henchida de imágenes pastoriles, continuando, en diverso

modo, el bucolismo virgiliano y el evangélico.

En la misma filiación oriental podemos colocar el libro de *Los nombres de Cristo*, donde, acaso arbitrariamente, nos parece distinguir el recuerdo, un poco declamatorio o retórico, de la poesía en que Raimundo Lulio, por una pueril corrección a una creencia musulmana quiso glosar y cantar los *Cien Nombres de Dios*.

Gabriel Alomar

NOTICIA.—De *Los nombres de Cristo*, tenemos ejemplares disponibles, en rústica y empastados, a precios diversos: \$2, \$4, \$5.

aquí el gran reparto de aguas que van al Magdalena, al Putumayo y al soberbio Orinoco, padre de los ríos suramericanos.

Por ejemplo podríais establecer los siguientes: Leguminosas (familia botánica de las papilionáceas) respecto de las cuales debéis saber que fertilizan los terrenos en que se cultivan, enriqueciéndolos en azoe, que es el más abundante de los elementos que forman el aire que respiramos: entre éstas la más común es la que produce los frisoles —blancos, colorados y azules,— *paseolus vulgaris rubro*—de abundantísima cosecha, como la alberja y el garvanzo, que llenan en una corta temporada los graneros de los pobrecitos indígenas que no cuentan sino con las orillitas de tierra que les han dejado sus patrones. Para hacer el plantío se escoge el terreno donde se ha sembrado el maíz, poniendo junto a cada hoyito en que se ponen los tres o cuatro granos de semilla, un chamizo en que pueda enredarse la planta al nacer. Así se aprovecha la deshierba de lo uno en beneficio de lo otro. Después de la recolección el tamo se riega entre los surcos y se quema, para que las cenizas que contienen potasa, sirvan de abono para el barbecho próximo. Algunos campesinos recogen el tamo y le riegan agua sal para alimentar los bueyes. Si el grano se recoge verde antes de la trilla, se tapa con tierra, así como las malas yerbas que han arrancado a manos o con el azadón, lo que constituye el abono verde, tan recomendado por los agrónomos científicos.

Las hortalizas, que a tan altos precios se pagan en el mercado, también las echo de menos en vuestros cultivos. Estas requieren una tierra excelente, de aquella que hay en las cañaditas y ondulaciones del campo, rica en humus y sales solubles arrastradas por los aguaceros. La remolacha, la zanahoria, las coles, el coleflor, las lechugas, las alcachofas, las habichuelas, las cebollas, los

rábanos, los pepinos y los espárragos no se encuentran en la plaza sino a precio de oro. Las ceboyas y los ajos más abundan en vuestras bocas que en los surcos. Y después os quejáis de que no hay que comer y que los arriendos son ruinosos!

Volved vuestro corazón hacia vuestro buen patrón San Isidro, y él echará la bendición de las labranzas que os deseo.

Ya parecía terminado el sermón; pero el señor cura guardó de repente silencio y se quedó pensativo, como si hubiese olvidado algo de aquellas homilías de San Agustín o San Juan Crisóstomo, que se aprenden de memoria en los sermonarios clásicos los seminaristas. Al cabo de un largo rato de meditación continuó la oración en los términos siguientes:

Queridísimos hermanos: para terminar quiero hablaros de un asunto muy importante a que debéis atender en vuestros cultivos, me refiero a las flores. El pintor que copió el retablo que tenéis al frente no le puso un detalle que tiene el antiguo que yo describí empolvado en un rincón de la sacristía. De éste fué autor el célebre pintor español Figueroa, maestro del inmortal Vázquez Ceballos, y le había puesto a los pies de San Isidro regadas unas rosas, en señal del aprecio que el santo tenía a las flores y como símbolo de pureza y amor por lo bello. Algún higienista dijo que donde entra el sol no entra el médico y yo agregó que el sol es el padre de la luz que tiñe de amarillo las caléndulas, de azul las sulias, de rojo los ababoles y de blanco los jazmines. Queridos oyentes, tened entendido que lo bello es enemigo del vicio y del pecado, y por eso huye el enemigo malo de los huertos donde hay cultivos y aspiran los perfumes del nardo y los claveles. El incienso que el sacerdote quema ante el altar tiene por objeto ahuyentar el demonio del sagrado recinto. Sem-

brad, pues, flores en vuestras huertas y veréis cómo la santa alegría entra en vuestros hogares y que vuestros hijos se levantan sanos de alma y con generosos corazones.

Propicios de este clima son los geranios, las trinitarias, los doncenones, los pensamientos, las rosas en sus infinitas variedades, desde la rosita *mosco*, hasta la gran bola de nieve y la rosa china de enredadera, y la guisquila y la rosa *té* y la madre-selva con que se engalanan los cercados y la rosa *no me olvides* con que se adornan las muchachas amantes. Entre las flores se siembran las yerbas medicinales, la yerba mora, que es desinflamante, la manzanilla, eficaz contra los males de estómago, la borraja, emoliente por excelencia, la ruda, la albahaca, el tomillo y el orégano y el toronjil y la zábila, el mastranto, bueno contra las hemorroides, y la parientería y mil más, tan buenas como sencillas, que alivian las dolencias de los pobrecitos labriegos, carentes de médicos y de drogas.

San Isidro es bueno y es sabio, como dice el Eclesiastés. Volved vuestro pensamiento constantemente hacia él y vuestros campos recibirán la bendición que os imparto, amados hermanos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Miguel Triana

Revista Ariel

Anatomía Patria, Letras, Ciencias, Miscelaneas

Director: FROYLÁN TURCIUS

Aparece el 1.º y 15 cada mes en cuadernos de 20 páginas.

Tegucigalpa, Honduras - Centro America

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA 2.5

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

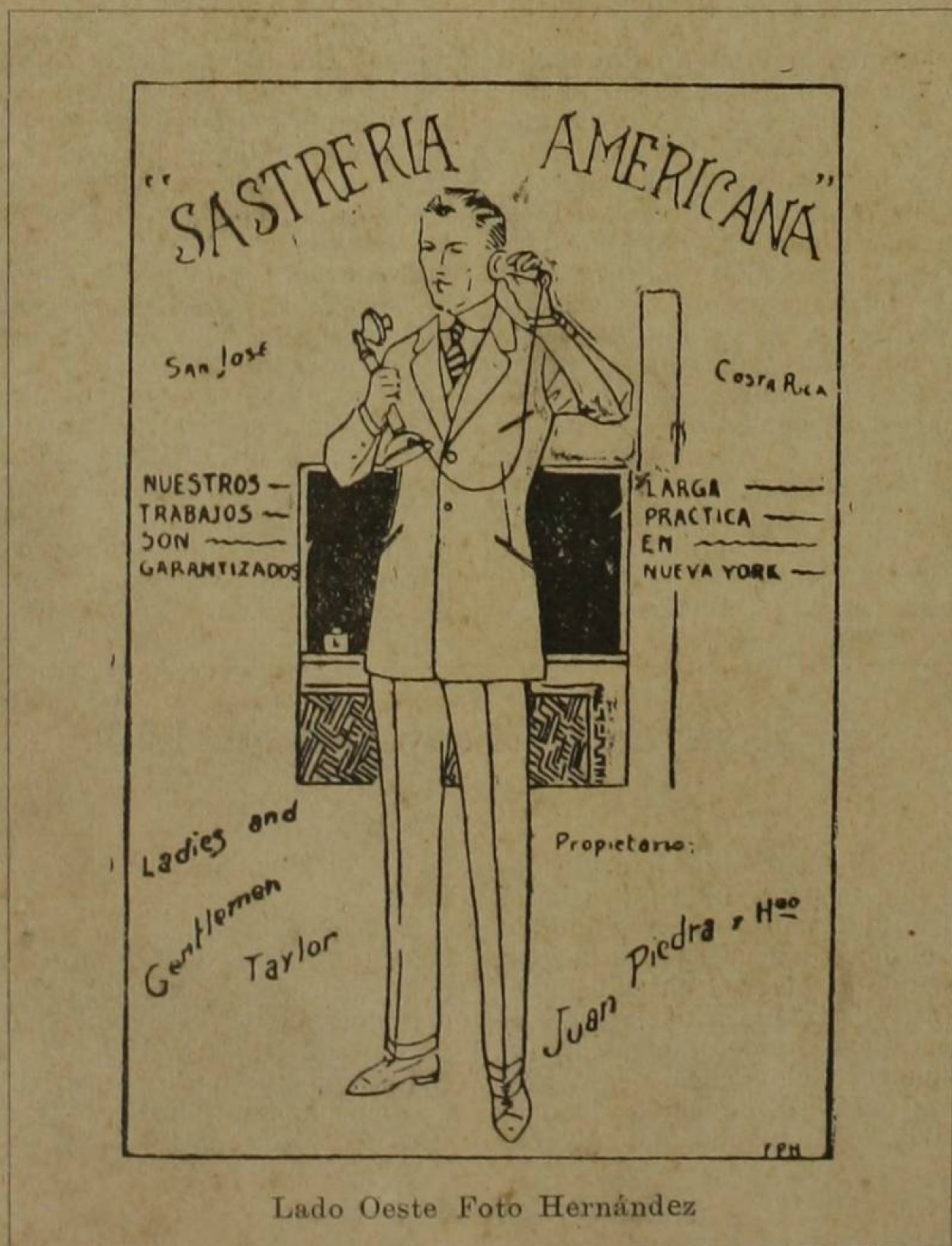
ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	\$ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	(oro am.) \$ 6.00

AVISOS:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

Y salta la frontera de Hendaya, esa frontera que le señala cada día el límite de su esperanza, su esperanza que señala el grito de libertad de España. Y ya está en Salamanca el profesor revolucionario, y ya atraviesa toda su España perdiéndose de emoción, y está sobre la frente de sus hijos, de la madre de sus hijos, «mi misma madre», como él tan tiernamente lo dice y grita y se rompe y se deshace, invocando a Cervantes, y apostrofando como a un perro a Primo de Rivera, mientras se ungüenta el pecho con las avemarías.

Y surge Cristo para llevárselo de la mano. ¡Pobre don Miguel! ¡Grandísimo don Miguel! Busca el camino con «jugo de la raza» y cuando ya perfila la luz en la

agudez del espíritu vuelve a extraviarse entre Miguelitos y Miguelones y salta como una flor una maldición.

¡Es el destierro que no lo deja emprender trabajo alguno porque no sabe «si podrá acabarlo en paz», muerto en angustia constante, por esa dictadura del diablo y de Primo, que le hunde a su España.

Pero si no fuera por ese maldito destierro que señala la frontera de Francia, yo creo que la figura del santo don Miguel de Unamuno no sería tan completa y tan grande.

Blanca Luz Brum

(Renovación. Buenos Aires.)

José Martí

(Concluye. Véase la entrega anterior)

Ya véis cómo Martí pudo muy bien ser el maestro. Porque sobre el Martí poeta, sobre el Martí sabio, sobre el Martí elocuente, estaba el Martí blanco, purificado de pasiones; y, sobre el Martí blanco, otro Martí más henchido de virtualidades: el Martí fuerte. Y, al hablaros de fuerza, no me refiero a la brutal que esclaviza, sino, por el contrario, a la que rompe cadenas: las de las tiranías en los pueblos, y las de los apetitos, ilusiones y fanatismos en los hombres. Era el Martí-diamante, con facetas innumerables, preñadas cada una de luz, y que, lo mismo que el diamante, era blanco, era fulgente, era bello, era compacto; y que, lo mismo que el diamante, cuando llegaba el instante de cortar, también afilaba sus aristas para cortar con ellas.

Pues ese maestro nato, que llevaba consigo la semilla que educa y el brazo del educador, comprendía también como ninguno el verdadero alcance y el único objetivo de la educación. El pedagogo enseña al hombre; el educador lo crea. La educación no es el gangoso repetir de lecciones, eso que llega a dar licenciaturas, pero lo que nunca da es sabiduría. La pedagogía cuenta al ciego cuántos son los colores; la educación le da los ojos para que él los descubra. El maestro no es el enseñador, sino el despertador. El discípulo ya no es el sonámbulo que repite, sino el ser que con los ojos abiertos identifica su conciencia con la conciencia de la naturaleza; que no vive de fórmulas sino de vida, y que ya sabe que todo maestro de verdad dirá como el Janus de Villiers de l'Isle Adam: *No instruyo: despierto*. Martí se expresó así: «No esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras, que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a éstos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males». Con eso, quiere referirse el maestro a aquella educación que hace de cada instinto una conciencia; de los simples registros del recuerdo, visiones palpitantes del presente y previsiones vividas de lo porvenir; de aquella educación que en la desgobernada nave humana va tendiendo poco a poco las velas y consigue que nazca la sabiduría del velón: aquella que hace de nuestra carne un mármol, de nuestro mármol una estatua, de nuestra estatua un hombre, y del hombre que apenas vive y crece, un plantío de ideas, un almacén de voluntades y un colmenar de sentimientos. Aquella que, tras de hacer que broten en nosotros las varias facultades humanas, las unifica y las compacta, logrando que sobre el pensamiento, que sobre la voluntad, que sobre la emoción, surja, envol-

viéndolo todo y amparándolo todo, contra el halago del deseo, contra el soborno de la concupiscencia y hasta contra el temor de ser crucificado, la soberanía del carácter, erguida como los pararrayos sobre las cúpulas de la conciencia.

Ese maestro que de tal modo entendía la enseñanza, sabía como nadie que el práctico objetivo de esa enseñanza es el deber.

El deber no consiste en ir poniendo nuestros pies sobre las huellas que nos deja marcadas un canon religioso o legal, sino en aplicar nuestros actos a la tarea especial que a nuestras fuerzas corresponde en la obra colectiva humana, de modo que, aun a despecho de nuestros gustos divergentes, y aun con el sacrificio de nuestro sentir particular, podamos ser los albañiles perfectos en la labor arquitectónica de la humanidad. Y eso es precisamente lo que a un maestro corresponde: fabricar albañiles que suelten el bocado cuando la jica los demanda, que abandonen el lecho cuando el reloj los llama, que doblen el mantel cuando el andamio los está esperando. «El verdadero hombre—habla Martí—no mira de qué lado vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ése es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será ley de mañana; porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber». Cuatro palabras son bastantes para medir la longitud espiritual de un ser y para perfilar los contornos de un carácter. Pues en esas cuatro palabras de Martí está todo Martí: el colosal adepto cuya mano era bastante para indicar el rumbo a las naciones; y que, si no fué, en su momento, el pastor de almas de América, porque en aquel momento no cumplía serlo, tuvo en su espíritu gigante, para abrir esas tumbas en que yacen muertas las virtudes de nuestros pobres pueblos, la magia divina del «¡levántate y anda!» y la trompeta de Vicente Ferrer que anuncia la hora de las resurrecciones sobre estos cementerios de vivos poblados de sepulcros humanos. Él sabía que el verdadero hombre no es la piedra que yace, ni la planta que crece, ni el animal que come y anda, ni la bestia humana, que es piedra cuando yace, planta cuando crece, animal cuando anda y come, y bestia humana cuando afila puñales, cuando escarba placeres, cuando concentra su dinámica fuerza tan sólo en la piqueta que horadando las venas de la tierra busca corpúsculos de oro. El verdadero hombre es el dueño y señor de todo eso: el que sacude el sueño de la piedra, el que aviva el crecimiento del árbol, el que lima las garras de la bestia, el que doma la fiera

del instinto, el que hunde en los antros del Pelión a los Briareos pasionales; y el que, dueño de sus cuatro animales, los enfrena y los unce, para cruzar el mundo, como Faetón el cielo, con la antorcha en la mano de la luz increada, regando, como simientes vivas sobre la tierra oscura, un reguero de chispas que deben florecer enseguida en un reguero de virtudes. El verdadero hombre es el hombre de deber: el deber que consiste en hallar la propia dicha sobre los cimientos de la ajena; el deber que es el llevar cada uno su hombro personal a la tarea colectiva; que es el altruismo triunfando sobre el egoísmo; que es el pan arrancado de nuestra propia boca, para calmar miserias y adormecer dolores; que es nuestra misma sangre puesta en vez de agua sobre las quemaduras de la humanidad; que es el procurar que se ensanche nuestro *yo* individual en el *Yo* universal, como se ensanchan los esteros abriendo sus orillas a medida que se acercan al mar. El hombre verdadero, que es hombre de deber, es, por eso mismo, hombre de amor. Y eso fué Martí: hombre de amor. Y eso pudo ser para nosotros: un maestro de amor. Y eso pudo conseguir en nosotros: hacernos los hombres del deber y el amor: voluntades estoicas que echen sus carnes en sus propias piras, para quemar instintos, para fundir pasiones, para incinerar intereses, y para lograr que surjan de nuestras almas acrisoladas, almas purificadas por el fuego, como surgen del horno los auríferos granos cuando, al influjo de las llamas se van desprendiendo las escorias.

El mal de que padecen muchos de nuestros pueblos incipientes proviene de que no se han creado bastantes hombres de deber. El interés es nuestro guía, el apetito nuestro estímulo, la adquisición de un cargo público nuestro ideal. Por eso, para muchas de nuestras jóvenes repúblicas, la política no es la ciencia del engrandecimiento colectivo, sino la del concupiscente brujuleo de nuestro logro personal, la de saber adherirse al caudillo que más prebendas nos prometa y sea al mismo tiempo de más probable triunfo. Por eso, en el fracaso de nuestras vacilantes democracias, vivimos pidiendo leyes nuevas y hombres nuevos, sin comprender que mientras no limpiemos las fuentes iniciales, con cada ley nueva nos llega el mismo líquido en un distinto vaso; y que si no normamos nuestra búsqueda en la pureza del ideal, en cada hombre nuevo nos llegará el mismo hombre, como con cada gota de un revuelto río llega la misma suciedad. No hemos podido darnos cuenta de que las leyes para los pueblos sin virtud son como simientes regadas sobre terrenos sin abono: o quedan sin aplicación, y se secan, o se fermentan en una mala aplicación, y se pudren.

Y aquí se oye la voz de vuestro excelso mártir: «Sólo las virtudes producen en los pueblos un bienestar constante y serio».

Y ese obsesionante deber alcanza para Martí hasta la esfera azul del Arte. Las lágrimas versificadas sólo sirven para enjorar romanticismos cursis en las Ofelias de quince años. Los métricos desplantes de los gimnastas del verso y los clownismos, rebuscados sobre trapecios de palabras, son apenas ejercicios pueriles que a la postre fastidian a los mismos ejercitadores. Oídle: «Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero». He ahí toda una estética! Es la Belleza que, llegando a la cumbre del Triángulo de la espiritualidad, unificase con la Verdad y el Bien, los otros dos lados de ese Triángulo, como tres llamas que, subiendo por distintos caminos, al llegar a la cúspide se abrazan y confunden en una sola y divina llamarada.

Porque la palabra es un fragmento de alma encarnada en un fragmento de voz. En las palabras que sólo son sonidos pasa lo mismo que en los cuerpos que ya no tienen alma: se corrompen. Si el alma es

blanca, la palabra lleva perfumes de camelia; si el alma es cálida, la palabra da vida y fecunda; si es impetuosa, la palabra descuaja como los huracanes; y si el alma es de Sol, la palabra lo es todo: la esperanza en el iris, el ensueño en la aurora, el engendro en las entrañas de la tierra, y el valor, la pureza, el carácter, la luz y la justicia en el corazón de los hombres. Esos poetas-fakires que se encanijan, harapientos de vida, contemplándole el ombligo al poema, no pueden ni deben perdurar: se los lleva el olvido, que es el trapero que en su cesta de sombras va recogiendo los andrajos. En cambio, los poetas de veras, los que riegan alientos y hacen de sus liras arados de melodía para fertilizar los corazones; los que predicen y conducen; los que sacan del pan blanco del Arte hostias de versos para la humana comunión; esos que perforan lo Eterno, y hacen como de sondas de Infinito por donde llega a veces hasta el cerebro humano un reflejo del destello divino y al corazón del hombre el palpitante celeste del corazón de Dios.

Tal es el concepto del deber: despojo de nuestras lacras de inferiores deseos; fuerza de músculos en el querer inquebrantable; transformación de nuestro amor que pide por el amor que da; diafanización de nuestra substancia personal por nuestra esencia espiritual. Para Martí, cuando nace el deber, es como si naciera un Cristo en el pesebre de la carne del hombre. Y, ya nacido el Cristo, la aceptación de todo cuanto al Cristo conviene: desde la prédica en el templo hasta la hiel del cáliz; desde el olor de nardo y el lienzo de cabellos magdalenos, con que los pies enjugan, hasta los garfios del azote con que ensangrientan las espaldas. La sonrisa ante el ultraje, la mansedumbre ante el insulto, la pupila serena ante la hurañez de la amenaza, los labios encendidos del beso ante el madero de la cruz del dolor. Hay que hacer del sacrificio como una voluptuosidad del corazón. Hay que cortar la costra de ese callo de vida que torpemente hemos creado. Y la cuchilla que lo corta es dolor. Pero ese dolor debe sabernos a dulzura, porque es un dolor prometedor. Ese dolor indica que, arrancada la costra, lo mismo que en la piel, habrá contacto suave, agilidad de miembros; sin las berrugas del prejuicio, en la mente, la libre circulación de las ideas; sin las del hábito, la encauzada firmeza del querer; y sin las del deseo, las alas libres del infinito amor.

Oigamos al maestro. No apartemos el oído de ese caño de oro por donde fluye como un agua de vida su inefable voz: «Sufrir—decía él—es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera».

Pero para practicar el deber, es necesario comprenderlo. Hay que conocer esa mecánica divina que articula los actos con los actos, como las piezas en una maquinaria de leyes, y que conecta las máquinas en relaciones cada vez más extensas, hasta llegar a la unidad estructural del Cosmos. Porque el deber no es sino la aplicación—en la medida de nuestra inmediata posibilidad—de nuestra palanca individual en consonancia con esa mecánica total. Martí nació sabiéndolo. Dentro de su vaso de carne, él era como una llama que se sabe a sí misma, y que, sabiéndose a sí misma, sabe también la fuente de donde procede. Como la gota que rueda por la playa siente en su seno el mar, y como la chispa sabe de la fragua que la concibió, Martí sentía y comprendía—gota del Supremo Océano, chispa de la Hoguera Infinita—la fuente de

las aguas primeras, y la esencia de vida de su padre el Sol y de su madre la Luz. Pero, para que los hombres sepan eso, es preciso que arda en ellos la mente, la pupila del cielo que dentro de nosotros contempla lo que el ojo de afuera no puede contemplar. Cuando falta ese faro, la nave humana ya no tiene más guía que la corriente del instinto, ni más fuerza motriz que el vendaval de la pasión. Acto no inteligente, es desbocadamente pasional o instintivo. Y si así no lo es, habrá seguramente obedecido a fuerza ciega de costumbre o a sumisión de miedo. En el primer caso, el acto será un hijo del hábito, inconsciente, automático como el andar de los volantes en una caja de reloj; en el segundo, cuando realizase por coacción preceptiva, tampoco sirve como fuerza moral, porque es deber por miedo, como el deber de los esclavos bajo los látigos del capataz.

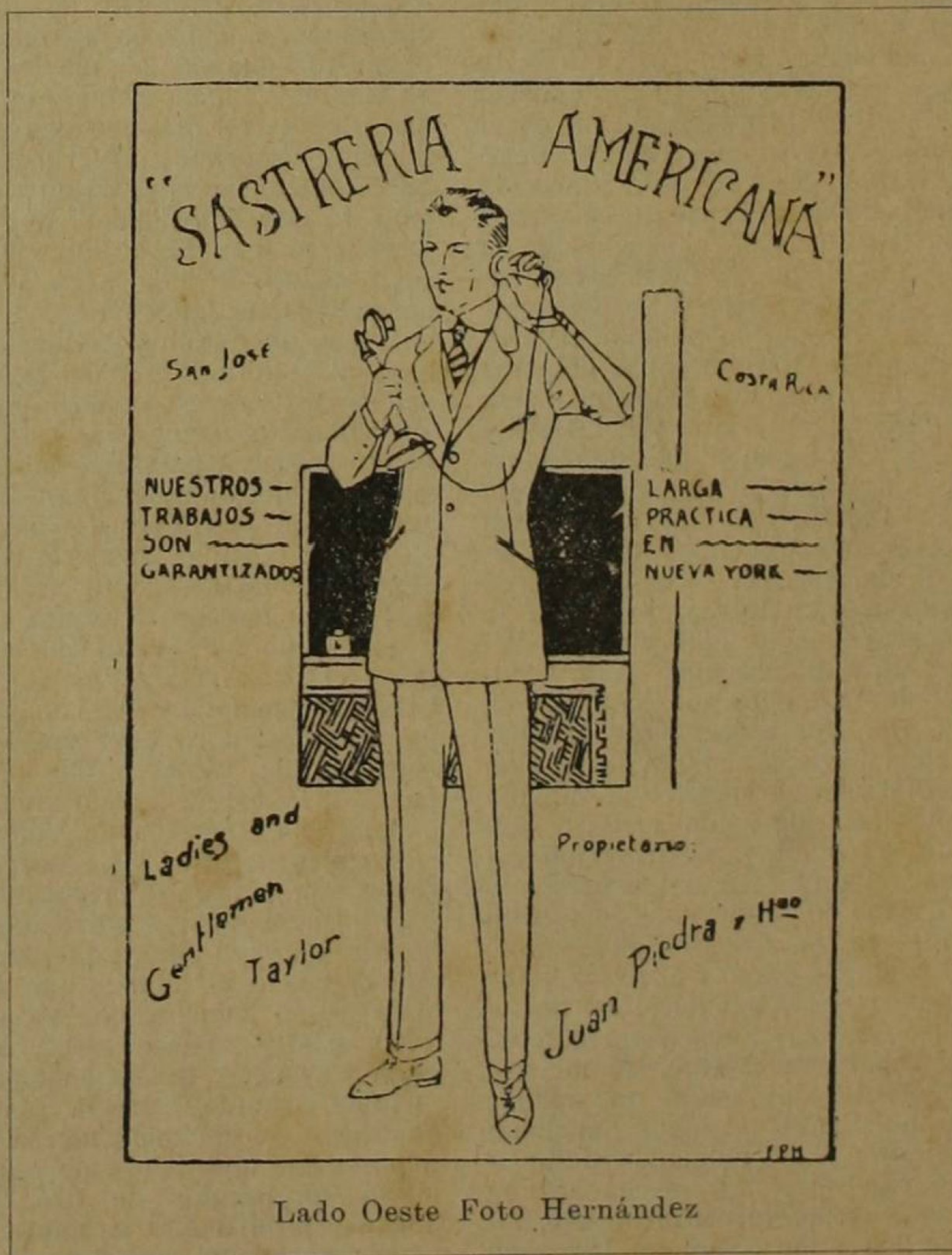
Por eso, Martí exhaltó el valor del Intellecto: porque sólo en el vientre de la Inteligencia puede concebirse el deber. «La inteligencia—dijo—da bondad, justicia y hermosura; como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a las palomas. Del puñal hace espada; de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía».

Pero si canta de tal manera a la Inteligencia, también sabe distinguirla de otra que lleva el mismo nombre: la mente personal inferior, que, si es luz como aquella, no es la primera luz, sino sólo el reflejo sobre las aguas turbias de la conciencia humana. El faro, enhiesto sobre el sereno azul, baña las costas de fulgor. El agua trémula, que recibe esa luz, se envuelve en

ella y la desgarran en jirones. Y aquello que era puro cuando irradiaba bajo el cielo, se quiebra y descompone cuando cabalga sobre el mar. Pues ese Faro que hace nacer la Luz arriba, esa mente Suprema que sobre nuestras aguas pasionales erige sus deslumbres, es la que en tan exultante modo cantó José Martí. Bajo ese Faro va cayendo la Luz sobre las turbias aguas; y esa luz enturbia, que es un simple reflejo de la otra, que se quiebra en las ondas, que tiende encima de ellas una movible alfombra de ilusiones, de fugaces fantasmas, de cabrilleos sonambúlicos, de una perpetua danza de mentirosas libras esterlinas, es lo que todos creemos ser la Inteligencia. Pero Martí sabía distinguir una de otra. La una, el Faro, es la Verdad; la otra el reflejo, es la ilusión. El Faro es puro, con la pureza de la Luz; el reflejo empañado por el hervor de nuestra espuma, por el crespón de nuestra sombra, por el constante arrastre de nuestras corrientes submarinas, por el perpetuo revolver de nuestros desatentados huracanes. Esa Mente, que es Luzbel junto a Dios, es Lucifer junto a la carne. Si es ala para el aire, también es colmillo para el fango. Ese reflejo turbio del alto y limpio faro, es, en nosotros, el que envenena los instintos, el que complica las funciones, el que sesga las trayectorias de la Ley y pone gestos de clandestinidad sobre el rostro puro de la Naturaleza. Esa mente es la inventora del pecado. Es la malicia sobre la desnudez. Es la hoja de parra sobre la castidad. Es la Serpiente que enroscada en el Arbol deja caer su gota de veneno sobre los paraísos. Es aquella que hizo que Martí exclamara: «La inteligencia no es más que medio hombre, y no lo mejor de él».

Santiago Argüello

La Habana.



Lado Oeste Foto Hernández